ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

HERENCIAS DEL ALMA

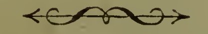
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DE FUENTES

Y

JOAQUIN ARJONA Y LAINEZ



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1884

AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADA EN 1.° DE JUNIO DE 1883

COMEDIAS Y DRAMAS.

Hombs.	Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion
»	»	Adios mi renta	1	D. Enrique Prieto	Todo.
»	1	Antes del baile, monólogo	1	Augusto Mosquera	»
1	1	Azuqueca, dos minutos!	1	Casañ y Romea	»
»	»	Barro y cristal	1	César Gginacoi	»
"	"	¡Bateo!... ¡Bateo!	1	Sres. Luceño y Romea	»
»	»	Buenas noches, señores	1	D. Miguel Casañ	»
»	»	Casi... casi	1	Felipe Perez Gonzalez	»
3	2	Con Luz y á oscuras-j. o. v.	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
4	2	Coquetina-j. o. v.	1	Francisco J. Godo	»
2	3	Correo de la Habana-c. o. p.	1	Mariano Pina	»
»	»	Dos y dos... dos	1	Juan Chazarri	»
"	"	El capitan García (*poema*)	1	José Velarde	»
»	1	El dedal de plata, monól.° o. v.	1	Manuel Reina	»
"	"	El hombre de las gafas	1	Francisco Flores García	»
»	»	El maestro Palomar	1	J. Redondo y Menduiña	»
3	2	El oso y el centinela	1	Felipe Perez y Gonzalez	»
3	2	El sobrino aparecido	1	J. G. y E.	»
5	2	Entre la espá y la paré (par.ª)	1	F. Perez Gollantes	»
7	3	Gàbinetes particulares	1	Mariano Barranco	»
»	»	Hija por hija	1	Salvador Carreras	»
»	»	Hecho un San Lázaro	1	Sres. Navarro y Casañ	»
2	2	Juan y Pedro	1	D. José Estremera	»
7	4	La Adelfa (parodia)	1	F. Perez Collantes	»
3	4	La calle de Toledo-j. o. v.	1	José Lopez Silva	»
»	»	La cigarra y la hormiga	1	Francisco Macarro	»
"	"	La trucha de oro	1	E. Sanchez Castilla	»
»	1	Las cartas de Leona	1	Rubio y Flores García	»
»	»	Las macetas (monólogo)	1	E. Perillan y Buxó	»
»	»	Los bolsistas	1	Juan Redondo y Menduiña	»
»	»	Los pantalones	1	Mariano Barranco	»
»	»	¡Madre! (Monólogo)	1	José María Ortega	»
7	7	Madrid, Zaragoza-Alicante	1	Mariano Pina Dominguez	»
5	3	Mapa-Mundi	1	Francisco Flores García	»
»	»	Marron glacé	1	Mariano Barranco	»
2	2	Mellizos-c. o. v	1	Francisco J. Godo	»
»	»	¿Nos casamos?	1	Adolfo Llanos	»
3	2	Paso atrás	1	Ramon Marsal	»
»	»	Pólvora en salvas	1	Eduardo Aulès	»
»	»	Salto de garrocha	1	Francisco Macarro	»
»	»	Sanguijuelas del Estado	1	Ricardo de la Vega	»
5	2	Sr. D. Frutos Verdes	1	F. Perez Collantes	»
2	3	Tiquis miquis	1	Vital Aza	»
»	»	Tot cor	1	Eduardo Aulès	»
»	»	Tute de yernos	1	Pedro Gorriz	»
2	2	Un marido impertinente-j. o. v.	1	Sres. Godo y Rahola	»
»	»	Un matrimonio á muerte	1	D. Pedro Escamilla	»
»	»	Vestirse de largo	1	Mariano Pina Dominguez	»
"	"	De Herodes á Pilatos	2	Eusebio Sierra	Mitad.
»	»	La prima donna	2	C. Navarro	Todo.
3	2	La suegro-fobia	2	Francisco Macarro	»
"	"	Las de Villadiego	2	C. Navarro	Mitad.
»	»	Suegro, padre y alguacil	2	E. Sanchez Castilla	"
5	3	Arturo	3	Valentin Gomez	Todo.
7	5	Demi-monde-c. t. p.	3	Luis Valdès	"
6	2	El primer paso-t. o. v.	3	Dio A. Valdivieso	"
5	3	El roble herido	3	Valentin Gomez	"
»	»	Herencias del alma	3	Joaquin Arjona	"
»	»	La Taberna (L' Assommoir)	3	Mariano Pina Dominguez	Mitad.
»	»	La cola del gato (mágia)	3	M. Pina Domioguez	Todo.
5	4	La Pasionaria	3	Leopoldo Cano	"
7	5	La primera noche	3	Dio A. Valdivieso	"
6	3	Las dos Ineses	3	E. B.	"
»	»	Las vengadoras	3	Eugenio Sellés	"
8	4	Las violetas de fuego (Mágia)	3	Juan J. Chazarri	"
»	»	Luchas titánicas	3	Pedro Marquina	"
"	"	Mártires ó delincuentes	3	Francisco Pleguezuelo	"

HERENCIAS DEL ALMA.

HERENCIAS DEL ALMA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DE FUENTES

Y

JOAQUIN ARJONA Y LAINEZ

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL
el 14 de Marzo de 1882

MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA. (20 años)....	Sra. Contreras (D.ª Antonia.)
MAGDALENA...........	Srta. Calderon (D.ª Luisa.)
DON JUSTO. (80 años)...	Sr. Valero (D. José.)
EDUARDO RIOJA........	» Calvo (D. Ricardo.)
MIGUEL................	» Jimenez (D. Donato.)
LUCIANO...............	» Calvo (D. Rafael.)

La accion en Madrid: época actual.

Los períodos marcados con un asterisco se suprimieron en la representacion.

A MIS QUERIDOS AMIGOS

HERMENEGILDO GINER DE LOS RIOS

Y JAVIER DE BÚRGOS.

Os aseguro que si nuestro entrañable amigo José de Fuentes viviera, como yo os dedicaria esta obra, hija desdichada nuestra, pero que por infeliz es más querida que la mimada por halagüeña fortuna.

Tales fueron nuestro desaliento y natural pesadumbre al merecer, sin duda, el culto y generoso, pero desfavorable fallo del público, que en los primeros instantes decidimos no imprimirla: arrancar del corazon aquellos séres á quienes dimos, no sé si lozana ó enferma vida, y olvidar para siempre sus frases apasionadas, sus acentos de alegría ó dolor, que más adelante hallamos vivos, briosos aún y adheridos al alma con fuerza inmensurable.

No quiera decir esto, ni por un momento, que protestamos entonces, ni protesto ahora, de aquella sentencia. La empresa anunció el drama para el dia siguiente y nosotros le retiramos: este proceder nuestro, patentiza que escuchamos y tuvimos como justo, el público dictámen.

Despues acaeció la prematura muerte de nuestro amigo Fuentes, ¡tan lleno de vida y esperanzas lisonjeras, tan intelijente como laborioso, tan hombre de bien como desdichado! Ahora, como entonces, viene á mi mente aquel terceto de Rioja:

Adonde por lo ménos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea» al derramarla encima.

Era de esperar que se alejara de mí, por consiguiente, la idea de dar el drama á la estampa; pero, creedme, no se borran de la memoria séres á quienes se amó con delirio, á los que se concedió palabra y pensamiento, á quienes se hizo amar y aborrecer, reir y llorar, con los que se amó y se aborreció y de quienes las lágrimas fueron claro reflejo de las vertidas por nosotros, y las carcajadas eco fiel de nuestras carcajadas.

Y este vivo recuerdo, este bullir y menearse en mi mente aquellas personas de tan corta vida, evidencia que si murieron para el aplauso, no así para mi amor, el cual les dediqué tan intenso muertos, como tierno se lo profesé cuando nacieron.

Ha sido indispensable imprimir la obra: parecíame criminal no hacerlo.

¿Creeis vosotros que interpretando mal mis sentimientos, anteriormente expresados, pueda imaginarse que procedo como hombre lleno de vanidosa soberbia al imprimir este drama?

Aun recuerdo, ¿y cómo no? la noche del 14 de Marzo de 1882. El Teatro Español estaba lleno, que parecia estallar, del público juez, tribunal competente, inapelable, que no admite recurso de casacion. Este público severo, pero justo, escuchó la obra con atentísimo respeto y aun prorumpió en vivos aplausos en determinadas situaciones. Y además, hoy que está tan lejano el dia aquel, y que por lo

tanto hasta el amor propio más irritable ha debido perder fuerza y vigor, contemplo serenamente la obra y creo hallar defectos principalísimos, particularmente en su estructura.

Frias y severas líneas en que reposa la pasion con excesivo descanso, le quitan movimiento y vida; y claro es que esta uniformidad, y hasta dureza en sus contornos, evita los incidentes dramáticos ó cómicos que el drama moderno beneficia con éxito satisfactorio. Tampoco es ménos cierto que los caractéres y afectos, productores de la accion dramática, han de carecer de movilidad y frescura encerrados en tan dura cárcel: y más evidente aun que el diálogo puede llegar á carecer del colorido, brío y claridad que hoy se exige en nuestro teatro.

Este, como hijo de nuestra época, tiene aceradas puntas que hieren sin piedad: el teatro *preceptista* intenta convencer con la predicacion, culta en demasía, sin vivos contrastes en los caractéres: el uno tiene movimiento que aturde, multitud de pasiones que son como rueda principal de su máquina: el otro va tranquilo caminando en derechura á su fin, claro, sin asombrar, pero sin aturdir, sin más pasion dramática que aquella que es el nudo de la fábula. La forma del uno es descarnada, su diálogo franco y duro: el otro es más atildado y habla con excesiva cultura, muchas veces convencional, pero sin olvidar jamás lo gallardo, lo puro y castizo de nuestro bellísimo idioma.

Encariñados nosotros con el drama que he llamado *preceptista*, tratamos de imitarlo echando en olvido el gusto novísimo, y compusimos un drama que no debia gustar por los defectos dichos, sin parar mientes en nuestras pocas fuerzas, muy escasas sin duda, puesto que robustecidas por la voluntad, siempre quedaron menguadas para dar cabo á nuestra empresa.

Otro defecto más. El asunto es verdad: vosotros lo sa-

beis y conocísteis á algunos de los personajes; pero el proverbio de Boileau tuvo aquí aplicacion:

Le vrai peut quelque fois n'être pas vraisemblable.

Por culpa nuestra, sin duda, lo cierto no pareció verosímil, y los caractéres de Miguel y Magdalena fueron tachados de monstruosos. D. Justo, Carolina y Eduardo agradaron más; pero el carácter sombrío, por excelencia, fué el D. Luciano; cuando nuestro ánimo era presentarle esclavo de una pasion, no vergonzosa ni miserable, quc al fin vencia y dominaba ostentando entonces la nobleza de su alma, que á todos asombraba y conmovia. No resultó así.

¿Por qué? Ya lo hc dicho; nos equivocamos. No hay otra respuesta.

Con esta confesion sincera se necesitará mala fé para atribuirme vanidosa soberbia al imprimir esta obra; y vosotros, por dedicárosla, no podeis dudar de mi amistad si os he expresado el amor que le tengo, siempre superior á las palabras que intenten explicarlo.

Aceptadla, que os la ofrezco en nombre de aquél á quien tanto queríais, y como prueba fiel del singular afecto que os profesa vuestro amigo

JOAQUIN ARJONA Y LAINEZ.

Febrero 14 de 1834.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con severidad y elegancia. Puerta al foro. En primer término, puertas laterales. La de la izquierda comunica con las habitaciones de don Justo y Carolina. La de la derecha con las de Miguel y Magdalena. En el proscenio, á la izquierda, un sillon junto á un velador, sobre el cual habrá libros, periódicos y recado de escribir. Una banqueta á los piés del sillon. A la derecha un confidente. Sillas volantes, etcétera, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON JUSTO.—CAROLINA.—Al levantarse el telon aparece don Justo en el sillon y Carolina á su lado, sentada en la banqueta.

CAR. Con que por fin?...

JUSTO. Sí, hija mia. Pronto, gracias á Dios, voy á ver á mi hijo.

CAR. Quién sabe si hoy mismo!... Don Luciano dijo ayer que tal vez llegase hoy á Madrid.

JUSTO. Sí que lo dijo... Pero me parece que don Luciano no acierta en esto tanto como acertó en mi enfermedad. Mucho talento tiene: no me extraña que tu padre confíe tanto en él.

CAR. Dice usted que papá tiene confianza en él?

JUSTO. Como médico, sin duda alguna, y como hombre, aunque es frio y reservado y hasta indiferente á todo lo que le rodea, no parece malo. Son cualidades estas muy propias de los alumnos de Esculapio.

CAR. No diré que no, abuelo; pero tiene unos ojos... Es decir, mira de una manera tan extraña...

JUSTO. Qué tontería! Mira como todos los que tienen poca vista.

CAR. Pues á Eduardo no le gusta nada; y cuenta que Eduardo no es tonto.

JUSTO. Tonto no, pero aprensivo y mal pensado ya, ya!

CAR. (Con asombro.) Mal pensado!

JUSTO. Sí, mal pensado... Ah! Y á propósito, ya habrás leido lo que dice este periódico de él.

CAR. (Con inquietud.) Ay! no; qué le ha ocurrido?

JUSTO. (Remedándola.) Ay! Qué le ha ocurrido? Nada, medrosilla... Digo, mucho; pero es bueno lo que le ocurre.

CAR. De veras?

JUSTO. Su mérito de actor es indudable, y anoche, sin ir más lejos, dió una gallarda prueba de su talento poderoso.

CAR. (Con sorpresa.) Qué dice usted?

JUSTO. Lo que estás oyendo... pero lee y te enterarás. (Dando á Carolina un periódico.)

CAR. Dónde está? (Apoderándose de él con presteza.)

JUSTO. Aquí. (Marcando la plana en donde se supone publicado el suelto.)

CAR. Aquí?

JUSTO. Sí, ahí.

CAR. (Leyendo.) «Anoche robaron»...

JUSTO. Muchacha! Qué disparates estás leyendo? Más abajo; ahí.

CAR. (Leyendo con temblorosa voz.) «Anoche manifestó... el señor Rioja que ..»

JUSTO. Mira, no leas más. (En son de burla.) Tartamudeas de una manera increible... y no comprendo por qué.

CAR. Abuelo!

JUSTO. Tontilla!... Escucha: (Coje el periódico de manos de Carolina y lee.) «Anoche manifestó el señor

Rioja, una vez más, que es un actor eminente. El papel que le fué encomendado lo ejecutó á maravilla. Artista aplicadísimo, que estudia minuciosamente el alma del personaje que representa, tiene tambien momentos de arrebatadora inspiracion.»

CAR. Dice eso? (Con interés.)

JUSTO. Pues ya se vé que lo dice! (Sigue leyendo.) «Arrebatadora inspiracion... Posee sentimiento esquisito y acciona siempre de manera elegante y persuasiva. Estas cualidades anuncian claramente en él una gloria de nuestro teatro nacional.»

CAR. Pobre Eduardo! (Con sentimiento.)

JUSTO. Compadécele, que bien digno es de compasion. (Irónicamente.)

CAR. Imagina usted que pueda gustarle ese modo de ponerle á la vergüenza?...

JUSTO. Carolina, las públicas alabanzas, siendo justas, ennoblecen, no avergüenzan.

CAR. Sabe usted una cosa? (Con íntimo gozo.)

JUSTO. Cuál?

CAR. Que debe estar muy contento!...

JUSTO. Quién? (Finjiendo no entender de quién habla Carolina.)

CAR. Quién, si no Eduardo?

JUSTO. Pues y la vergüenza de que hablabas?

CAR. Bien, sí... pero con todo, debe tener en este momento... aparte de lo avergonzado que esté, una alegría que no le cabrá en el alma! (Con mucha emocion.)

JUSTO. Y no tan sólo él, no es cierto?

CAR. Usted debe sentir mucha tambien, y...

JUSTO. Y quién más?...

CAR. Abuelo!

JUSTO. Hija mia! Cómo he de negarte que este su nuevo triunfo me llena de contento? Quiero muchísimo á Eduardo. Sus padres, muertos años há, eran sin duda, dignos de tal hijo. Amigos mios de toda la vida, unian á su virtud juicio exquisito y talento nada comun.

CAR. Pobrecitos! Que no pudieran verle ahora, ahora.... (Con mucho sentimiento.)

JUSTO. Y qué quieres... Así lo dispuso Dios! A nuestro lado empezó su hermosa profesion. Tu padre siempre le estaba predicando para que olvidase la aficion que al teatro tenia.

CAR. A papá no le gusta? (Sorprendida.)

JUSTO. No, no le gustaba mucho; pero ya hombre de juicio, habrá cambiado de opinion.

CAR. Pues á mí...

JUSTO. A tí te gusta?

CAR. Oh! Mucho! La mujer de un artista como Eduardo, debe ser inmensamente dichosa! Oir los vítores y aplausos, ver el entusiasmo y la admiracion retratados en todos los semblantes, debe... sí, no hay duda alguna, debe ser dicha incomparable!...

JUSTO. Si te oyese Eduardo!...

CAR. Qué? (Levantándose.) He dicho algo?

JUSTO. No, vida mia! Sólo has dado á entender que le amas... que tu corazon es solo suyo, y que... (Con pena.)

CAR. Y que á usted, abuelo de mi alma, le quiero más cada dia!...

JUSTO. Qué dices? No me olvidarás? El amor de Eduardo, no destruirá el que á mí me tienes?

CAR. Lo duda usted?

JUSTO. Dudarlo... no: sino que... ya ves. Soy tan viejo, que mi alma necesita mucho calor para poder vivir.

CAR. El amor de su nietecita, no le faltará á usted nunca. Usted no puede vivir sin mí, y yo necesito de su cariño para vivir.

JUSTO. Consuelo de mi vejez, deja que imprima un beso en tu frente purísima! Dudas de viejo me atormentaban; creia posible que tú... Pero, además de viejo, he sido necio, que es mucho peor. Necio, porque he dudado de tí, porque he dudado de él. Vamos, vamos, chocheo, y la chochez me ha hecho ofender á Dios! Pronto voy á ver á mi hijo, de quien larga ausencia me ha separado! Qué feliz voy á ser! Qué feliz vas á ser tú! La Providencia ha querido que mi penosa enfermedad sirva para traer á mi lado á todos los

que bien me quieren, y hacer que vuestra union sea aprobada por tu padre, puesto que yo la apruebo y la bendigo.

CAR. Ay, abuelito! Qué bueno es usted!

JUSTO. Ay, hija mia! Qué bueno es Dios!

ESCENA II.

DICHOS.—DON LUCIANO (que entrará por el foro derecha.)

LUC. Mil enhorabuenas, señor don Justo! Carolina, estoy á los piés de usted.

JUSTO. Don Luciano! (Estrechándole la mano.)

CAR. Muy buenos dias!

LUC. Usted, como si su enfermedad hubiera sido un sueño. (A don Justo.)

JUSTO. Ya me vé usted, tan fuerte. Una sola dolencia me acobarda: mis ochenta años.

CAR. Miren qué cosa! No parece sino que ha dicho usted un millon! Ochenta años no son muchos!

JUSTO. No?

CAR. No señor!

JUSTO. De modo que no soy viejo?

CAR. No. (Con amor.)

JUSTO. Pues si no soy viejo, por qué me llamas abuelo? Y más aun, por qué lo soy?

CAR. Vaya! No hable usted de años, que yo tambien voy siendo viejezuela!...

JUSTO. Cosa más rara! Tú vas siendo viejezuela y yo me voy haciendo jovenzuelo! Tus pocos años son los albores de la vida: no hables de vejez. (Notando que don Luciano permanece en pié.) Pero don Luciano, siéntese usted; esta muchacha me ha distraido... (Siéntase don Luciano.) Antes me ha dado usted la enhorabuena; supongo por qué, y la acepto con alma y vida.

LUC. Ya Miguel debe llegar de un momento á otro: va usted á verle por fin. Cree hallar á usted gravemente enfermo aún; lo encontrará bueno y contento. Carolina va á abrazar á su padre, y esta dicha, tan grande como es, hará indeci-

ble su felicidad. Dia de júbilo para todos: dia de júbilo al cual me asocio.

JUSTO. Debo á usted la vida; le debo solícitos cuidados, y ahora me ofrece usted una amistad que me honra... Muchas gracias, querido amigo, muchas gracias.

LUC. Y quién no ha de querer ser su amigo? Su honradez; su carácter dulce y benévolo hacen de usted...

JUSTO, Sí, sí, hacen de mí un pobre viejo. Pero usted me está diciendo piropos, y yo soy quien debiera decírselos á fé. Usted olvida su talento y los beneficios que hace, y yo, que los agradezco, no puedo olvidarlos.

LUC. A qué recordar!...

JUSTO. Nada, nada. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

LUC. En mi lugar cualquiera hubiera hecho lo mismo. Miguel, de quien soy amigo muchos años há, me indicó cuál era mi puesto, estando usted enfermo. Acerté tan solo. Hay tan gran mérito en acertar?

JUSTO. Lo hay, sí señor, lo hay. A más de que el sino de usted es, sin duda acertar, porque no tan solo á mí, que á mi nietecillo Alberto, logró usted curar en la Habana una enfermedad peligrosa.

LUC. No era tanto el peligro.

CAR. Papá ha escrito que mil veces creyó perder al niño; que muchas le sintió estremecerse entre sus brazos con las convulsiones de la agonía.

JUSTO. Pobre niño!

CAR. Cuánto debió padecer aquel angelito, verdad?

LUC. Sí, padeció mucho. Y si alguna parte tengo en su curacion, tócame solo la de la constancia. El cuidado exquisito, el amor, la dulzura, eficaces remedios para un enfermo, sólo sus padres pudieron darlos. Miguel adora á su hijo, que solo adoracion puede ser lo que parece delirio. Magdalena, tan vehemente y altiva, quiérele no ménos. Ambos padecian entonces horroroso tormento. Miguel, vertiendo llanto amarguísimo...

Magdalena, viva estátua del dolor. Aquel niño de cuerpo débil y enfermo era la vida de los dos que parecia irse de este mundo.

CAR. Pobres padres!

LUC. Sólo Magdalena, cuya fuerza de voluntad es inquebrantable, soportó con valor los trabajos de tan larga curacion. Es de envidiar su carácter, que más parece de hombre.

CAR. Será muy hermoso el niño?

JUSTO. No lo ha de ser?

LUC. Hermoso como su madre. Sus abuelos, que como buenos navarros, son por demás adustos, sólo con él muéstranse amables y cariñosos. Embelesados contemplan sus inocentes juegos, recordando en ellos los de su adorada Magdalena.

JUSTO. Qué félices son que le conocen! (Con profundo pesar.)

CAR. Verdad que sí? (Con sumo interés.)

LUC. (Qué alma tan hermosa!) (Mirando con pasion á Carolina.) Pero usted pronto le va á conocer. (A don Justo.)

JUSTO. Qué dice usted? (Con mucha alegría.)

CAR. De veras?

LUC. Tan de veras.

JUSTO. Pero... Cómo?

LUC. Viniendo con Miguel.

JUSTO. Con su padre?

CAR. Ay, qué alegría!

JUSTO. Ver á mi nietecillo!

LUC. Sí señor; va usted á ver que es muy guapo y más revoltoso que guapo.

JUSTO. Hija mia! Cuánta felicidad! No te alegras como yo? Qué de besos vamos á darle! Cuánto vamos á jugar con él!

CAR. Y ahora que don Luciano manda que dé usted sus paseitos, juntos iremos siempre.

JUSTO. Siempre! Oh, Albertito, ya verás cómo quieres más á tu abuelo el de aquí, que á los que dejas por allá. (Con ternura.) Y usted, cómo ha sabido?... (A don Luciano.)

LUC. Por carta de Miguel. Seguro de que para usted verle, seria inefable contento, en él confiaba para salvarle.

JUSTO. Dios te lo pague, hijo, Dios te lo pague.

CAR. Es usted muy dichoso? (A don Justo con verdadero amor.)

JUSTO. Muchísimo.

CAR. Pues venga un abrazo. Así lo quiero ver y no lleno de melancolía. Don Luciano, repréndale usted. Por más que trato de animarle, por más que á cada instante le recuerdo las órdenes de usted, como si no hablara palabra, como si no tuviera autoridad sobre él. Algunas veces le sorprendo enjugándose lágrimas rebeldes que ha querido ocultar á mi cuidado, y le regaño entonces con entereza, con mucha ¡entereza! Y de qué me sirve? Dijérase que mis cuidados, lejos de aliviarle, le empeoran, que mi cariño le cansa.

JUSTO. No digas eso!

CAR. Y por qué no, si es verdad.

JUSTO. Ve usted, don Luciano? No creas eso, no te lo imagines siquiera. Eres mi vida, mi alegría, mi esperanza.

CAR. Y cree usted lo que he dicho?

JUSTO. De veras? Es cierto que no lo crees?

CAR. Válgame Dios! Y qué tonterías digo! Merezco que no me quiera usted, que me aborrezca!

JUSTO. Mereces mucho más cariño que el que yo te puedo dar.

CAR. Es el mayor que yo he tenido en mi vida, el único que deseo.

LUC. Cuánta envidia me causa usted! (A don Justo.) Qué dicha tan grande la vejez si le sirve de apoyo tan amorosa juventud.

JUSTO. Le parece á usted muy grande?

LUC. Inmensa!

JUSTO. Pues con efecto lo es. (Pausa.)

LUC. Ahora quisiera deber á usted un favor. (A don Justo.)

JUSTO. Cual?

LUC. Está usted completamente bueno?

JUSTO. Mejor que yo ha de saberlo usted.

LUC. Quiero decir si su ánimo al par que su cuerpo, podrán soportar la fatiga de una conversacion interesante.

JUSTO. Creo que sí.
CAR. (Qué querrá?)
LUC. Bien, pues entonces...
JUSTO. Puede usted hablar.
LUC. Yo desearía que hablásemos en su despacho y á solas breves momentos. (Mirando con insistencia á Carolina.)
JUSTO. Vamos allá.
CAR. Acompañaré á usted hasta su cuarto. Apóyese usted sin miedo. Ajajá. (Dando el brazo á don Justo.) Parece otro. (A don Luciano.)
LUC. Pero si es increible cómo anda usted... á no verlo...
JUSTO. No creerlo, y yo no lo creo aunque lo veo. Ando con el auxilio del baston y el apoyo de mi nieta.
LUC. Animo, ánimo.
JUSTO. No me falta, pero sí me sobran años.
CAR. Volvemos á los años? Andando, abuelito.
JUSTO. Cuando quieras. Cuando usted guste, señor mio.
LUC. Estoy á sus órdenes. (Vase puerta izquierda.)
JUSTO. Ahora mismo. (A Carolina.) Cuando venga Albertin ya sabes que nos pertenece. Siempre con nosotros!
CAR. Todos los dias iremos al Retiro.
JUSTO. No que no! Tú le querrás mucho?
CAR. Con todo mi corazon.
JUSTO. Verás, verás qué contentos vamos á vivir los tres.

ESCENA III.

EDUARDO, solo. A poco de salir de escena don Justo y Carolina, entra Eduardo por la puerta del foro.

EDUARD. Dónde estarán? Habrá recaido don Justo? No, al entrar me lo hubiesen dicho... Habrá ocurrido algo á Carolina? No, no puede ser... Don Luciano los acompaña; estará haciendo su visita cuotidiana. Excelente médico es á fé. Salvar á don Justo de la muerte es resucitar un cadá-

ver. Sin embargo, yo no sé por qué ese hombre me causa una repulsion tan extraña!... Rareza incomprensible! Trato de vencerme, de ahuyentar de mí esa, que sin duda alguna es, mala pasion, y lejos de alcanzar lo que deseo, siento que el ódio álzase entonces más potente que antes se alzaba la antipatía! Pobre señor! Carolina! Cuánto deseo verte hoy! El triunfo que anoche alcancé no llena mi alma porque aún me faltas tú. Aprobará tu padre nuestro amor? Por qué no? Era yo un niño cuando marchó á Ultramar: hombre ya, no me conocerá, dudará tal vez de mí. Y por qué? Será posible dudar de él, pero no de mí. Qué proceder el suyo! Pobre Angela! Imposible parece que haya olvido para tanta virtud y belleza tanta! La hija que aquella mujer le dió á cambio de su vida, ha sido olvidada tambien injusta y cruelmente. Es por ventura la nueva esposa causa de su delito? Es que no tiene corazon, ó que la opulencia es veneno corrosivo del alma? Ay, Miguel, ó eres infame ó cobarde!

ESCENA IV.

EDUARDO.—CAROLINA.

CAR. (Por la puerta izquierda y sin ver á Eduardo.) (Qué interesante será lo que tienen que hablar cuando yo no puedo oirlo.) Ah! (Viendo á Eduardo.) Eduardo!

EDUARD. Carolina de mi vida! Está peor don Justo? No estás buena tú?

CAR. Nada de eso. El abuelito tan bueno y tan contento además por la venida de mi hermano Alberto.

EDUARD. Qué viene? (Sorprendido.)

CAR. Sí: le trae papá para que conozca á su abuelo y le distraiga y le alivie de sus males. Y en cuanto á mí, lo mismo que me dejaste ayer, tan buena.

EDUARD. Y dónde está don Justo?

CAR. Hablando con don Luciano de una cosa muy interesante.

EDUARD. Tan interesante es?

CAR. Ya lo creo. Como que no han querido que yo estuviese delante. (Pausa.)

EDUARD. Sea enhorabuena. Y ya que ellos tan engolfados están en su conversacion, hablemos nosotros tambien. Qué te parece?

CAR. No ha de parecerme bien siendo gusto tuyo? Y que además tengo muchas cosas que decirte. Si supieras qué enojada estoy contigo!

EDUARD. Mucho... mucho?

CAR. Muchísimo!

EDUARD. Me alegro mucho más, que enfadada estás conmigo!

CAR. Oiga! Por qué?

EDUARD. Porque así me lo contarás y oiré tu voz que me parece la de un ángel!

CAR. Mira que he de regañarte!!

EDUARD. Bien: si te digo que te escucho!

CAR. Que luego no has de enfadarte?

EDUARD. Si me regañas, cómo no?

CAR. Quiero regañarte sin que te enfades, y en premio te daré una buena noticia...

EDUARD. Cuál? (Con interés.)

CAR. Miren el curioso!

EDUARD. Habla!

CAR. No; primero la reprension, y si cumples lo que has prometido, yo no seré ménos.

EDUARD. Y qué he prometido?

CAR. Ya no te acuerdas?

EDUARD. Pero mujer!...

CAR. Te enfadarás?

EDUARD. No: ya puedes empezar la reprimenda.

CAR. Allá va. Te parece bien, que, tanto el abuelo como yo, hayamos sabido lo que sucedió anoche en el teatro por un periódico y no por tí?

EDUARD. Y cómo querias que yo?...

CAR. Muy fácilmente. Viniendo y diciéndole al abuelito: «Don Justo, ha de saber usted que anoche alcancé un nuevo triunfo. Sé que usted ha

de tener una verdadera alegría y por eso se lo digo!» Pero ya se ve, ustedes, los hombres de talento, son tan orgullosos!... Todo les parece inferior á sus merecimientos!... Todo falta de modestia y dignidad.. y luego, «Carolina, cuánto te quiero, qué feliz seré á tu lado!» Pues sabe usted lo que le digo? Que obras son amores y no buenas razones.

EDUARD. Algun motivo tienes de queja. Pero calificas de orgullo lo que solo fué prudencia, y en eso te equivocas.

CAR. Y has tenido valor para ocultármelo?

EDUARD. Sí, porque era mi deber. Religion he hecho de su cumplimiento y por eso debí ocultarte ayer lo que hoy debo decirte; que fuí inmensamente dichoso al oir los vítores del público, al escuchar sus aplausos. Pero atiende: anoche oia decir que yo tenia mucho talento, que era un eminente actor; sí, eso decian; y oye, quiero decírtelo de modo que no lo pueda oir nadie más que tú; sí, tengo talento por tí, soy buen actor por tí.

CAR. Por mí? (Con asombro.)

EDUARD. (Con pasion.) No lo dudes: tú, tú sola has despertado en mí el sentimiento, fuente de inspiracion inagotable; para tí he querido un nombre ilustre; para tí quiero la gloria de mi nombre.

CAR. Eduardo calla, que es la felicidad á veces carga abrumadora. Hoy me ha dicho el abuelo que bendice nuestra union.

EDUARD. Eso ha dicho?

CAR. Eso dijo, y añadió que mi padre la bendecirá tambien.

EDUARD. Sabe acaso? (Con afan.)

CAR. No lo sé. (Pausa.)

EDUARD. Estás triste?

CAR. Antes te lo he dicho: la felicidad es, á veces, carga abrumadora. Tanta me entristece porque me acuerdo de mi madre.

EDUARD. De tu madre!!

CAR. Madre de mi vida!

EDUARD. Ambos tenemos esa pena en el alma! Los dos

somos tan infelices, que las perdimos para siempre! Pero tú, aun tienes padre... aun vive don Justo!... Yo...

CAR. Aun vivo yo, Eduardo!

EDUARD. Sí, y vives adherida á mi alma; eres la esperanza que va conmigo, el encanto de mi vida! Te acuerdas de tu madre? Pues llora, llora mucho por ella. *Dios quiso que muriese! Él quiso separarte de sus brazos cuando te estrechaba *contra su corazon para imprimir en tu frente *el primer beso maternal.* Su último aliento fué para tí. Con aquel beso te dió su alma! En tí quedaba mi bienhechora! Bendita sea, que al morir te dejó en la tierra para mi bien!

CAR. Cuánto la lloraríais! Qué pena tan grande!

EDUARD. Cierto! Que pueda morir un sér adorado parece increible! Unicamente viéndolo se puede creer. La esperanza que se acaba toma más fuerza en nuestro débil espíritu. Acabar una esperanza!... Oh! Bien dices! Qué pena tan grande, qué horroroso dolor! (Pausa corta, en la cual Carolina expresará con el llanto la pasion que bataila en su alma. Recuerda que su padre se ha unido en segundas nupcias con otra mujer, y este recuerdo hace que nazcan en ella ideas que no puede expresar claramente; que su inocencia no le deja comprender bien, y que el respeto que hácia su padre ha inculcado en ella su abuelo tampoco lo consiente. El diálogo marcará los efectos con que Carolina lucha.)

CAR. Y la lloró mucho mi padre?

EDUARD. Qué cosas preguntas! (Sorprendido.)

CAR. Contesta! (Con firmeza.)

EDUARD. No habia de llorarla!

CAR. De veras?

EDUARD. Y tan de veras!

CAR. No me engañas?

EDUARD. No!

CAR. Y sin embargo, mi padre!... (Carolina se contiene rápidamente manifestando profundísima pena.)

EDUARD. Carolina!... Vaya... piensa en otra cosa.

CAR. Sí; es preciso. Madre de mi alma, es preciso que deje de pensar de tí!

EDUARD. No he dicho eso.

CAR. Quiero preguntarte una cosa y te suplico que me digas la verdad.

EDUARD. No he mentido nunca!

CAR. Dime!... (*Muy llorosa y mirando fijamente á Eduardo.*)

EDUARD. Qué?...

CAR. Serias capaz de olvidarme?

EDUARD. Yo?... (*Con amor.*)

CAR. Sí.

EDUARD. Qué dices?

CAR. No me contestas?

EDUARD. No fias en mis juramentos?... En mi cariño?

CAR. Y no darás tu nombre á otra?

EDUARD. Carolina!

CAR. Contesta. (*Con insistencia.*)

EDUARD. Ninguna otra mujer será mi esposa.

CAR. Y... despues de muerta! (*Con lentitud y mirando á Eduardo de hito en hito.*)

EDUARD. Dios eterno! Qué has dicho? Querer á otra mujer?... Nunca! Te lo he jurado; te lo juro otra vez!

CAR. Por tu honor?

EDUARD. Por mi honor!

CAR. Me perdonas? (*Con ternura.*)

EDUARD. Y qué he de perdonar?

CAR. Haber dudado de tí.

EDUARD. Has dudado de mí? Los ángeles pueden dudar de los hombres!...

CAR. Quiéreme mucho!...

EDUARD. Dudas tambien de mi honor?

CAR. No... no... nunca.

ESCENA V.

DICHOS.—DON LUCIANO, *por la primera puerta izquierda.*

LUC. (Juntos!) Señorita, creo que don Justo quiere verla.

CAR. Voy corriendo! (Por qué habrán concluido tan pronto!)

EDUARD. (Por qué tiemblo?)
CAR. Adios, Eduardo!
EDUARD. Hasta luego!

ESCENA VI.

EDUARDO.—DON LUCIANO.

LUC. Caballero, quisiera, si en ello no tiene usted inconveniente alguno, que prestase atencion á algo que tengo que decirle.
EDUARD. Señor mio, es súplica á la que no me puedo negar. Puede usted disponer de mí á su antojo.
LUC. Seré... lacónico.
EDUARD. Tanto mejor.
LUC. Termino en este momento de hablar con don Justo. Ignoro si lo que le he pedido, si lo que le he rogado, y no acostumbro á rogar...
EDUARD. Bien...
LUC. Me será concedido, por su parte.
EDUARD. Qué más?
LUC. Hay más, con efecto. Su concesion carece de importancia para mí. Solo el respeto, y no la necesidad, me ha obligado á hablarle.
EDUARD. Conque el respeto?.. (Conteniéndose apenas.)
LUC. Unicamente.
EDUARD. Continúe usted.
LUC. Usted juzgará si tengo razon ó no. He pedido á don Justo la mano de Carolina.
EDUARD. Insensato! (Arrojándose sobre él y conteniéndose.)
LUC. Qué? (Conteniéndose tambien rapidamente.) Vive el cielo, Eduardo, que está usted loco!
EDUARD. Vive el cielo que está usted jugando con su vida... A ver, don Luciano, quién de los dos está más loco? (Con mucha vehemencia.)
LUC. Escuche usted hasta el fin. No ignoraba que usted quiere á Carolina. Lo sabia, y aún no acierto á esplicarme cómo he podido tolerarlo. Jamás he amado: nunca comprendí esa inmensa felicidad que llega á ser infinita si el sér querido corresponde á nuestro amor. Adoro á Carolina con toda mi alma: la adoro... como el que

jamas amó. Por alcanzar su cariño, por merecer su mano, soy capaz de todo. Entiéndalo usted; de todo. Yo, que vivia una vida muerta, siéntome resucitar por el amor á esa mujer. Perderla es morir. No tenerla á mi lado y verla en brazos de otro, seria sufrir tormentos que la mente apenas si puede concebirlos. Y ha creido usted acaso que eso pudiera ser? Lo ha creido usted? Ah! No, defiendo mi vida; la defenderé mientras me quede una sola gota de sangre en las venas!

EDUARD. (Con furor reconcentrado.) Usted olvida sin duda dónde está, y que aquí no ha debido dirijirme tal provocacion. Su sinceridad, no obstante, me obliga á responder con no ménos dureza. (Con mucha vehemencia.) Para alcanzar, no el amor de Carolina porque eso es imposible, pero sí el darle el nombre de esposa, es preciso que pase usted por encima de mi cadáver.

LUC. Pasaré.

EDUARD. No he concluido aun. Tiene usted que matarme y que matarme bien. El amor de esa niña dá, sin duda, fuerzas sobrenaturales al hombre que como yo, es amado por ella. Piense usted que he de temer perderla, y que la desesperacion es rayo asolador en el hombre. Máteme usted: que no me quede nada de vida que no pueda pensar en ella: que no pueda verla; porque sí, estoy seguro, su pensamiento ó su mirada me darian fuerza bastante para llegar al corazon de usted, y arrancarle con el amor de esa mujer su aborrecida existencia.

LUC. Oh!... A muerte. (Reprimiéndose.)

EDUARD. O á vida. (Vase don Luciano por el foro.)

ESCENA VII.

EDUARDO solo.

Ese hombre tiene el consentimiento de Miguel ó espera conseguirlo por lo ménos. Le tendrá

ya? Se lo dará Miguel? Será capaz de sacrificarla en aras de su interés ó su egoismo? A ser verdad esto, diríase que el bien es una mentira vil sobre la tierra y que el mal es verdad tan solo. (Transicion rápida)

ESCENA VIII.

EDUARDO.—DON JUSTO.—CAROLINA.

EDUARD. Señor don Justo!

JUSTO. Oh! Que estabas aquí, Eduardillo. (Saliendo con Carolina por la primera puerta izquierda.)

CAR. Vamos, abuelito. No damos hoy nuestro paseo?

JUSTO. No, hija mia, no tengo gana de fatigarme.

CAR. Ves, Eduardo, qué mal enfermo hace!

EDUARD. Por qué no sale usted hoy?

JUSTO. Qué se yo?

EDUARD. No está usted bueno? (Alarmado.)

CAR. Qué! (Idem.)

JUSTO. No os asusteis. Estoy bien. Tengo la cabeza firme y tranquila, pero no quiero pasear. Deseo además hablar contigo, y si Carolina nos quisiera dejar solos un ratito...

CAR. Querer... no querria... pero usted me lo manda... Es muy interesante tambien lo que tiene usted que decir á Eduardo, eh?

JUSTO. No deja de serlo.

CAR. Y yo no puedo oirlo...

EDUARD. Ya ves, cuando don Justo lo manda, será porque así debe ser.

CAR. Ya lo creo. Pero es cosa particular que á mí no tenga usted que decirme algo tambien.

EDUARD. (Pobre Carolina!)

CAR. A que sé de lo que va usted á hablarle? (Aparte á don Justo.)

JUSTO. Que sabes!...

CAR. Sí. Sólo que usted no quiere regañarle delante de mí.

JUSTO. No te entiendo.

CAR. No va usted á hablarle de su triunfo de anoche?

JUSTO. Ah! Sí. De eso precisamente.

CAR. Conque tengo que irme?

JUSTO. Así parece. No será larga nuestra conversacion. Pronto te llamaré.

CAR. Hasta luego. (A don Justo.)

JUSTO. Adios.

CAR. Eduardo...

EDUARD. Hasta luego. (Desdichado anciano, cuánto estará sufriendo.) (Vase Carolina primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

DON JUSTO.—EDUARDO.

JUSTO. Ya estamos solos, y en verdad que lo deseaba. Eduardo, qué tienes? La satisfaccion que anoche esperimentaste seria, no lo dudo, tan íntima que bien podria causarte hoy extraño malestar. Ven aquí, hijo mio: recibe un abrazo muy apretado en nombre de aquellos que tanto te querian.

EDUARD. Don Justo! (Muy conmovido.)

JUSTO. Qué es eso? Qué llanto es ese?

EDUARD. Padre mio!!

JUSTO. Mírame. Tus ojos están encendidos! Tu rostro pálido! Alguna desgracia me ocultas. Cuál es?

EDUARD. Ninguna. La emocion que me han producido las tiernas palabras de usted..

JUSTO. Ah!! (Como asaltado repentinamente por una idea.) Díme: al salir don Luciano de mi cuarto estabas tú en esta sala?

EDUARD. Sí. (Con mucha amargura.)

JUSTO. Hablaste con él?

EDUARD. Y cómo no?

JUSTO. Y te ha dicho?... (Con afan.)

EDUARD. Todo.

JUSTO. Jesús!!

EDUARD. Comprende usted ahora mi desesperacion?...

JUSTO. Pero él te habrá dicho además, que yo me opongo, que no lo consiento, que no lo consentiré jamás!

EDUARD. Lo sé. No há mucho que me reveló Carolina que usted aprobaba nuestro amor; por eso le digo á usted ahora: «Salve usted á esa pobre niña!»

JUSTO. Y has podido dudarlo?

EDUARD. Si dudara, viviría ese hombre todavía? (Con arranque dramático.)

JUSTO. Ah! Necio de mí, que no he recordado que una desgracia jamás viene sola. No, no lo niegues. Habreis convenido en un duelo, á muerte sin duda, que el amor desesperado es hidrópico de sangre. Don Luciano habrá salido mohino, habrá dicho alguna tontería, y tú... pues, tú... El creerá conseguir algo de mi hijo; pero ya verás qué chasco se lleva. No, tú has de ser esposo de Carolina: tú, que la harás tan feliz. Mas para ello es preciso que me obedezcas. Si murieras! Qué horror! Si mataras al otro alcanzarías tu dicha cometiendo un crímen. Qué más hace un ladron?

EDUARD. Don Justo!

JUSTO. Mi hijo va á llegar muy pronto y me obedecerá.

EDUARD. Y usted confia?

JUSTO. Por qué no?

EDUARD. Debo creerlo; es decir quiero creerlo, aunque Miguel....

JUSTO. Ay! Eduardo! (Con amargura.)

EDUARD. Ha olvidado usted ya el abandono en que ha dejado á su hija desde que marchó á Ultramar?

JUSTO. La dejó conmigo.

EDUARD. Bien sabe Dios cuánto le agradezco que aquí la haya dejado. Pero él no podrá reconocer en la jóven hermosa y sencilla de hoy, á la niña que ayer abandonara de seis años apenas. Marchó á la Habana; casóse allá con mujer riquísima, y de este segundo matrimonio nada supo usted hasta que estuvo hecho? Cómo anunció este nuevo enlace? Que era feliz, tan sólo decia, y olvidaba la dicha de su hija.

CAR. Qué escucho?.... (Al salir Carolina, por la primera puerta izquierda, sorprende las últimas palabras de Eduardo y queda en el dintel de la puerta, pero de modo que la vea bien el público, sin atreverse á interrumpir el diálogo.)

EDUARD. «Dios me ha dado un hijo», escribia hace ocho años. «Qué feliz soy. padre mio!» Y en la carta no habia un solo recuerdo para la huérfana que aquí le espera!

JUSTO. Eduardo! (Con mucha afliccion.)

EDUARD. (Transicion.) Señor, perdóneme usted. Sin duda he sido un majadero... Sí, Miguel no accederá á los deseos de don Luciano, por muchos favores y beneficios que le deba. A usted le debe la honra de ser su hijo y... es claro... Vamos!... señor, ánimo!... Carolina no será de don Luciano!

CAR. Qué?... Que yo?... (Entrando en escena poseida de verdadero terror dramático.)

EDUARD. Ella!

JUSTO. Hija mia!

CAR. Es verdad lo que ha dicho Eduardo?

EDUARD. Lo que he dicho?...

JUSTO. Tranquilízate!

CAR. Sí!... Eduardo, dijo!... Ah! Cuando don Luciano esta mañana!... Dios de mi vida!...

JUSTO. Alma de mi alma!

EDUARD. Valor!!

JUSTO. Confiad en mí. Aquí os uniré, y desde arriba os bendeciré. (Suena un campanillazo.) Será él? (Con mucha ansiedad.)

CAR. Quién! Mi padre?

EDUARD. Miguel!! (Con temor.)

MIG. Padre!! (Desde dentro.)

JUSTO. Es él! Tu padre! El hijo de mi alma!...

MIG. Padre!! (Dentro, pero más cerca.)

JUSTO. Hijo... aquí... aquí estoy! (Saliendo al encuentro de su hijo.)

ESCENA X.

DICHOS.— MIGUEL.—MAGDALENA y á poco DON LUCIANO. Todos por el foro.

JUSTO. Ah! en mis brazos!

MIG. Padre mio!! (Se abrazan.)

JUSTO. Qué? (Reparando en Magdalena á quien no esperaba.)

MIG. Es mi Magdalena; mi hermosa Magdalena!...

CAR. Oh!! (Con inmensa pena.)

EDUARD. Ella!!

MAGD. Cuánto celebro conocer á usted! (A don Justo.)

JUSTO. (Qué mujer es esta!!)

CAR. (Mi padre!!) (Mirando alternativamente á Miguel y á Magdalena.)

MIG. Figúrese usted mi alegría al saber en Cádiz su completo alivio (A don Justo.)

JUSTO. Y... no me preguntas por tu hija?

MIG. Dónde está aquella pequeñuela?

JUSTO. Mírala!

MIG. Qué linda está! Mira, Magdalena, aquí tienes á mi hija Carolina!

JUSTO (Dios mio!)

MAGD. No es feilla. (Con indiferencia. Carolina debe espresar el angustioso estado de su alma. Don Justo mira á Magdalena con furor mal contenido y se pone al lado de su nieta que desfallece por instantes. Miguel diríjese al lado de su hija con intencion de abrazarla, á tiempo que sale don Luciano y le llama. Por saludar al amigo, olvida á la hija. Todo este juego debe ser sencillo y natural.)

LUC. Miguel!! (Saliendo.)

MIG. Luciano!! (Con mucha solicitud.)

MAGD. Querido amigo!! (Idem.)

CAR. Madre mia!! (Cae desmayada.)

EDUARD. Infames! Carolina! (Acudiendo en su socorro.)

JUSTO. Hija de mi corazon!! (Acuden todos, escepto Magdalena que se sienta en un sillon. Miradas de ódio

entre don Luciano y Eduardo que sostiene á Carolina. Don Justo mirando fijamente á Magdalena, hasta hacerla bajar los ojos. Miguel, confuso, interroga á su padre, que le indica cuál es su puesto en este momento.)

MIG. Qué es esto?

JUSTO. Hé ahí tu obra!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON JUSTO.

Cuánto sufrir! Hoy mismo hará Eduardo lo que le he mandado. Dios mio, dáme fuerzas para soportar tanta afliccion! No me quites la salud ahora... Tú ves cuánto la necesito en provecho de esa infeliz criatura; de ese ángel de tu cielo!

ESCENA II.

DON JUSTO.—CAROLINA. (Esta sale por el foro.)

CAR. Acabo de ver á Eduardo salir de aquí. Qué queria?

JUSTO. Nada, hija, no te alarmes. Queria verme tan sólo, saber de mi salud.

CAR. Eso... no más?

JUSTO. Creo que es bastante. No te parece?

CAR. Ya lo creo. Pero yo queria decir si le ha sucedido algo.. Porque iba tan triste... Más triste que estos dias atrás.

JUSTO. Pues no sé.

CAR. Ha hablado usted con papá?

JUSTO. Sí... y no.

CAR. No entiendo, abuelito!

JUSTO. Pues está bien claro. Le he hablado, pero aun no le he dicho todo lo que es preciso,

CAR. Y don Luciano?

JUSTO. No le he visto.

CAR. De modo que...

JUSTO. Creo... que no hay nada que temer.

CAR. Dios le oiga á usted!

JUSTO. (Qué de veras se lo pido!)

ESCENA III.

DICHOS.—MIGUEL y MAGDALENA, por la primera puerta derecha.

MIG. Lo que es hoy (A Magdalena.) no cuentes conmigo ni para ir á paseo ni á ninguna otra parte. Estoy molido! El ajetreo de estos dias ha sido mayúsculo!

MAGD. Como quieras. (A Miguel.) Iré yo sola á casa de Luisa.

MIG. Padre, cómo se encuentra usted?

JUSTO. Perfectamente. No sales hoy?

MIG. No. Me quedo á hacerle á usted compañía.

JUSTO. Hombre!

MIG. Le extraña á usted?

JUSTO. Y tú, Magdalena?

MAGD. Yo tengo precision de salir.

JUSTO. Vaya

MIG. Carolina, dile á Ambrosio que lleve estas cartas al correo.

CAR. Voy corriendo. (Vase por el foro.)

JUSTO. Y qué tal, te va gustando Madrid? (A Magdalena.)

MAGD. Habla usted conmigo? (Con tono indiferente.)

JUSTO. Sí, hija!

MAGD. No señor. Me parece feo y triste.

JUSTO. Triste!

MAGD. Sí señor. Se hace aquí una vida tan distinta de la que se hace por allá.

JUSTO. Cómo defiendes aquel país! Se conoce que te va muy bien en él.

MAGD. Desde luego.

JUSTO. Y no querrás quedarte por acá?

MIG. Eso sí que no; verdad?

MAGD. Nunca. En la Habana soy dichosa. Allá lo tengo todo. Mi familia y mis bienes, allí están.

JUSTO. Si nada dejas en esta vieja España!

MIG. (Vamos, Magdalena!) (Aparte á Magdalena y con tono de reconvencion.)

MAGD. (Qué quieres decir?) (Idem á Miguel con altivez.)

MIG. Sí; ya es fácil convencerla. Delira por aquel país. Y á la verdad, que es muy hermoso. Padre, si viera usted la vida muelle y cómoda que en la Habana se hace!

JUSTO. Sí; la vida muelle y cómoda del que no trabaja para vivir.

CAR. (Saliendo por el foro.) Ya ha ido Ambrosio al correo. (A su padre.) (Don Luciano acaba de entrar!) (Aparte á don Justo, con mucha emocion.)

JUSTO. Bien. No importa. (Afectando una tranquilidad que no siente.) (Es este mi hijo!) (Con mucha amargura. Durante este aparte, habrán hablado en voz baja Miguel y Magdalena. Este trata de alcanzar que su mujer no sea tan altiva con don Justo. Magdalena, con la misma altivez, responde que no cederá de su propósito.)

MAG. (Te digo que no puede ser).

MIG. (Bien, como quieras).

ESCENA IV.

DICHOS.—DON LUCIANO.

LUC. (Entrando por el foro.) Señores!...

MIG. Médico insigne!

LUC. Don Justo!... Carolina!... (Saludando.)

JUSTO. Bien venido.

LUC. Y usted, viajera? (A Magdalena.)

MAGD. Muy cansada.

MIG. Cuando has llegado, estábamos hablando de eso precisamente.

LUC. Y qué decia?

MIG. Está suspirando por la Habana, como si hiciera veinte años que no la viese.

LUC. Teniendo en ella á su hijo, nada más natural,

MIG. No es mio tambien? Pero además, Alberto no está en la Habana, sino en Cádiz.

JUSTO. (No tiene corazon!)

LUC. En Cádiz! (Sorprendido.) Ah! sí, es verdad. Recuerdo que me lo dijiste al preguntarte por él. Pero, por qué no le has traido?

MAGD. Al saber que don Justo estaba ya completamente bueno, le dejamos en casa de mis tios. Fué preciso hacerlo así. Tanto insistieron en ello que decidí por fin dejarlo allá. Además, están ya los pobres tan viejos y solos, que les servirá de mucha distraccion y compañía.

JUSTO. (Pobre de mí!)

LUC. Y se acuerda alguna vez del señor de las gafas?

MIG. Siempre preguntando por tí.

LUC. Qué salado es!

MAGD. Verdad que no es pasion de madre?

LUC. No, señora; qué ha de serlo! (Don Justo hará un movimiento de angustia, con el cual despierta el cuidado de su hijo.)

MIG. Qué es eso, padre? Se halla usted mal? Siente usted algo?

JUSTO. Sentir!... Oh... no. (Con amargura.)

MIG. A ver, Luciano, obsérvale. Notas algo?

LUC. Venga esa mano. (Toma el pulso á don Justo, que mira con complacencia angustiosa á don Luciano.)

JUSTO. Está bien el pulso?

LUC. Como el de un chico de quince años.

JUSTO. (Y el corazon como el de un viejo de ochenta.) (Con tono afirmativo.)

CAR. De veras? Se halla usted bien?

JUSTO. Qué aprensiva eres!

CAR. Y usted qué confiado!

MAGD. Tiene usted razon; eres demasiado aprensiva.

CAR. Pues yo creia que no. (Con inocencia.)

JUSTO. Vaya, vaya. Porque no charlo como un descosido, creen ustedes que estoy malo? El mucho hablar, es, por ventura, símbolo de cabal salud? Siga adelante la conversacion. Yo escucharé, ó bien hablaré con mi nieta.

MAGD. Y de qué hemos de hablar?

JUSTO. De lo que antes hablábais.

MAGD. Tal vez le canse á usted. (Con acento intencionado.)

JUSTO. A mí? Qué tontería!... Nada, seguid, seguid.

LUC. (Qué hermosa está!) (Mirando con afan á Carolina.)

MIG. Por supuesto, no vayas á figurarte que el niño ha cambiado de carácter. Si malo le tenia antes, ahora le tiene peor con tercio y quinto.

LUC. Suele suceder eso despues de un mal tan largo.

MAGD. Tiene mal carácter mi hijo?

MIG. Claro; en haciendo lo que yo quiero — tengo un génio como un cordero.

MAGD. Dirás tambien que está mal criado? (Con enfado.)

MIG. No, eso no... pero sí muy consentido. Si le vieras! es tan travieso y pícaro, que nos tiene embelesados.

LUC. Ya es eso viejo.

MAGD. Desde que nació.

JUSTO. Díme, hijo: mi nietecillo, pregunta alguna vez por su abuelo el de aquí?

MIG. Sí, señor: y no pocas.

JUSTO. Te parecen muchas?

MIG. No, señor... Magdalena!

JUSTO. Es la que le ha enseñado á pronunciar mi nombre? (Con intencion.)

MIG. Eso es.

JUSTO. Y el picaruelo ha preferido quedarse lejos á estar cerca de mí!...

MIG. Ya sabeusted el empeño que los tios tuvieron...

JUSTO. Debió ser mayor que el mio.
MIG. No... si... no... que...
JUSTO. En fin... otra vez será!...
MIG. Sí: ya verá usted qué guapo es y cuánto cariño le toma!
JUSTO. De eso sí que estoy seguro. (Con mucha verdad.)
MIG. Ay, Luciano!... Todos estos goces á tí te los debemos. Tú le volviste á la vida!
LUC. Jesús! Qué antiguallas!
MIG. Antiguallas devolver un hijo al amor de sus padres!!
MAGD. Oh! Nunca lo olvidaremos!
MIG. Y qué diré yo?
LUC. Dale las gracias á Dios y no á mí. No es cierto, Carolina?
CAR. Sí. Bendito sea!!
MIG. El lo ha querido y de tí se valió siempre para hacerme dichoso. Qué grande es mi deuda!
LUC. La deuda y la gratitud no se hermanan bien. La una parece como que mata á la otra. No hables de eso. Pero sin invocar para nada eso que ustedes llaman favores... les pido que me escuchen con atencion.
MIG. Va de cuento?
LUC. Hombre, cuento parece, pero es una realidad.
JUSTO. (Me lo temia! Ten tranquilidad, corazon.)
MAGD. Empiece usted.
LUC. Tiene pocas palabras mi cuento. Don Justo, soy de carácter franco y noble, y siempre procedo así. Han de saber ustedes... que estoy enamorado...
CAR. (Abuelo!... Qué?...) (A don Justo)
JUSTO. (Chist!) (Haciendo callar á Carolina con el ademan.)
MIG. Tú?... No puede ser.
MAGD. Por qué no?
LUC. Estoy enamorado de una mujer que es un ángel.
JUSTO. Don Luciano!... (Interrumpiendo.)
LUC. Esa mujer, es tu hija Carolina.
CAR. Jesús! (Levantándose rápidamente y dando un grito de asombro y de espanto.)
LUC. (Me odia.)

MIG. Con que mi hija!...
MAGD. Ella!
JUSTO. Sí, ella.
LUC. Quiero hacerla mi esposa.
MIG. Es nuevo favor para mí.
CAR. (Madre de mi alma!)
JUSTO. (Qué ceguedad!)
MAGD. (Qué ventura!)
JUSTO. Don Luciano, usted ha sido franco y leal hasta lo increible; pero no ha hecho usted bien en retar á un pobre viejo.
MIG. (Qué dice!)
JUSTO. Mis canas no le han infundido bastante respeto, y á lo que antes llamó usted franqueza, llamo yo desacato. Ignoro el parecer de mi hijo. Usted conoce el mio; y si el de ella le es preciso á usted saberlo... sepa que no le ama. . que no le amará jamás! Vamos de aquí, hija de mi vida! Discutid á vuestro antojo la desventura de esta pobre niña..
MIG. Padre, por favor!. .
JUSTO. (Sé digno del nombre que acabas de pronunciar y entonces no me llamarás en vano!) (A su hijo.)
MIG. (Oh!) (Movimiento de sorpresa y vergüenza en Miguel. Carolina y don Justo salen de escena por la primera puerta izquierda; don Justo tratando de consolar á su nieta, y ésta procurando ahogar los sollozos que salen de su pecho.)

ESCENA V.

MAGDALENA.—MIGUEL.—DON LUCIANO.

MAGD. Pero, qué es esto? Tu padre parece que no gusta mucho de tales amores!
MIG. Así parece... y no lo entiendo.
LUC. Es muy sencillo. Tengo un rival preferido por ella; amparado por don Justo.
MIG. Un rival?
MAGD. Quién es?
LUC. Eduardo.

MIG. Ese chico!
MAGD. Un actor!
LUC. Actor de mérito singular y gallardo entendimiento. Ahora que estamos solos, nuevamente te pido la mano de tu hija. Cuando asistí á tu padre, la conocí. Imaginé que mi deber era decírselo francamente á don Justo, y con la autori dad de su consentimiento y aprobacion, indicar á Carolina algo de lo que en mi corazon pasaba. Fué un sueño. *Su negativa irritó mi carácter, *que ya sabes que es altivo, y los celos, ántes *muertos, alzáronse entonces con fuerza irresisti- *ble.* Adoro á tu hija como un loco; la amaré mientras me dure la vida. Piensa en lo que te he dicho y en si puede convenirle el ser mi mujer. Los amores con Eduardo serán devaneos que fácilmente olvidará... y siendo mi esposa... Oh!... yo haré nacer en su pecho algo de amor para mí, porque no es posible odiar á quien tanto quiere.
MAGD. Mucho la ama usted para ser tan ingrata! (Movimiento de ternura en don Luciano.)
MIG. Lloras? (Muy sorprendido.)
LUC. Já! Já! Qué simpleza! Ahora nada puedo decirte. Pronto volveré! Señora! Adios, Miguel! (Saludando.)
MIG. Adios, hombre!
MAGD. Adios! (Sale de escena don Luciano por el foro.)

ESCENA VI.

MAGDALENA.—MIGUEL.

MIG. Reniego de los bucólicos amores y de las locuras de este insensato! Mire usted qué salida ahora!
MAGD. No eres justo, querido Miguel.
MIG. Que no?
MAGD. No.
MIG. Vamos á ver, por qué?
MAGD. Ni justo ni agradecido.
MIG. Pero!...

MAGD. La verdad. De mí no oirás otra cosa. No es lenguaje halagüeño, pero sí digno de la mujer que lleva tu nombre.

MIG. Y á qué viene ahora eso?

MAGD. No es mala la ocasion. Quiero que cumplas como debes con ese hombre.

MIG. No deseo otra cosa.

MAGD. Poco se conoce. Lejos de interesarte lo que acaba de decirnos, te irrita, sin recordar que te ha hecho inmensos beneficios.

MIG. Jamás los olvidaré.

MAGD. Pues oye: el que puede pagar deuda de tal valía y no lo hace, es un ingrato.

MIG. Ingrato yo?

MAGD. Calla, calla!

MIG. Pero qué quieres? Mi padre fué siempre hombre de acalorada mente; amigo de utopias... y... sospecho que esté muy arraigada en él la idea de apoyar tal matrimonio.

MAGD. Disparatada idea!

MIG. Por completo.

MAGD. Tu padre, debilitada su mente, por los años sin duda, cree que es bueno lo que hace con esa niña. La mima y contempla sin tino y anímala sin saberlo á rebelarse contra tu autoridad.

MIG. Exajeras en eso.

MAGD. No exajero, y bien lo sabes tú. Qué significa el recibimiento que me hizo? Trató de humillarme? Delante de ella; delante de tí!

MIG. Tú debiste...

MAGD. Yo no debí hacer otra cosa que la que hice. A su casa venia; soy tu mujer, y como tal debió tratarme.

MIG. No te considera? No te llama su hija?

MAGD. Y no merezco yo más? (Con altanería.)

MIG. Qué altiva es! (Con sumo gozo.)

MAGD. Y ántes no has notado que le cansaban las alabanzas que á nuestro hijo prodigábamos? A nuestra llegada no nos preguntó por él, y sólo despues de largo rato, recordó que tambien debió llegar su nietecillo. Le dijiste donde quedaba y no habrás olvidado la indiferencia con que te

escuchó. Bendita la hora en que pensé dejarle! Sin duda mi corazon adivinó que en esta casa no le esperaban con afan.

MIG. Te repito que ahora no tienes razon. Hace poco preguntó si Alberto se acordaba mucho de él.

MAGD. Lo he oido.

MIG. Pues entonces...

MAGD. Eres un mentecato.

MIG. No hay medio de convencerte?

MAGD. Pero de qué quieres convencerme? De que Carolina se casará con Eduardo? Lo estoy. De que has de dar tu beneplácito para que se case con... ese grande hombre? (Con burla.) Tambien lo estoy. Sí, le llamarás querido yerno; le abrazarás con efusion. Qué más quieres? No estoy bien convencida?

MIG. Pero estás en tu juicio?

MAGD. En mi juicio tan cabal, que sólo merced á él, adivino lo que has de hacer.

MIG. Y si te equivocases?

MAGD. Qué asombro! (Con burla.)

MIG. No tanto, hija mia, no tanto; que tambien tengo mi carácter.

MAGD. Oh! Sí, ya le conozco. Débil para los demás; inflexible para conmigo. Ya ves que le conozco bien.

MIG. Inflexible para tí?

MAGD. Y en esta ocasion das buena prueba de ello. *Quiero que recuerdes que eres padre de aquel *ángel que un dia estrechamos moribundo en *nuestros brazos; que invocábamos á Dios en *trance tan horrible y él nos envió á ese hombre, *que nada ha pedido, que no lo considera como *deuda, y que en tu mano está darle dicha por *dicha, alma por alma. En la mia grabada está *con caractéres indelebles la palabra gratitud. *Sabes que es mi delirio constante corresponder, *como quien soy, á ella. Debes y puedes hacerlo y *aún titubeas en cumplir mi voluntad?*

MIG. Qué injusta eres!

MAGD. Además, tú creés que hay graves inconvenientes para ello? Cuáles? El amor de una niña mal

criada y el... de un loco? Qué necedad! Manten tu derecho, persuade á tu padre, que fácil debe ser, y tu hija, no lo dudes, seguirá su inspiracion. Don Luciano de veras la quiere, es rico, y no hay duda que ha de hacerla muy feliz.

MIG. Eso sí.,. (Con conviccion.)

MAGD. Sí? (Mirándole fijamente.) Pero qué tonterías estoy diciendo... y sobre todo, cómo pierdo el tiempo. Voy corriendo á buscar a Luisa, que hace mucho tiempo que me espera. (Con risa burlona hasta el final de la escena.) Adios! Vé preparando la boda de tu hija con el célebre actor! Já! já! já!

MIG. Vaya, pues estás de humor...

MAGD. Ah! Mira. Que sea pronto. Porque estoy impaciente. Já! já! já!

MIG. Déjame en paz.

MAGD. Sí... Quédate solo. El recogimiento es mejor para concebir tan altas ideas. Já! já! já!

MIG. Vete, vida mia, vete, por favor!

MAGD. Adios, marido complaciente. Já! já! já!

ESCENA VII.

DICHOS.—EDUARDO.

EDUARD. (Oh! los dos.) (Entrando por el foro y deteniéndose al ver á Magdalena.)

MAGD. (Aquí tienes á tu yerno. Já, já!) (Disimulando la burla al ver á Eduardo. Pero continuando en su intento, no cesará de reir, si bien siempre aparte y dirigiéndose á su marido.)

MIG. (Calla.)

EDUARD. Señora, usted me perdonará. Creí que estaba solo su esposo. Si hubiera sabido...

MAGD. Está usted perdonado.

MIG. (Te vas!)

MAGD. (Sí.)

EDUARD. (Dios me dé prudencia.)

MAGD. (Que le trates bien! Já, já, já!)

MIG. (Quieres callarte?)

MAGD. (Sí... pero... Já, já, já!)
MIG. (Ya sé, ya sé... adios.)
EDUARD. (Porqué se ríe esta mujer?) (Sale Magdalena por la primera puerta derecha, pudiendo apenas contener la risa. Sale tambien detrás Miguel por brevísimo tiempo. Carolina entra en escena dando evidentes muestras del asombro y temor de que se encuentra poseida; y con mucha rapidez, y mirando siempre á la puerta por que entró su padre, dice á Eduardo.)
CAR. Y mi padre?
EDUARD. Allí está.
CAR. Me quieres?
EDUARD. Qué!
CAR. Sálvame.
EDUARD. Qué intentan? Acaso ese hombre?... (Como dudando.)
CAR. Te amo. (Con mucha pasion.) Oh! Mi padre! Ya te diré... pero... por piedad... ya te diré adios... ya... Oh! (Viendo que Miguel va á salir, Carolina sale de escena por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

MIGUEL.—EDUARDO.

MIG. (Saliendo.) Querías hablarme de algo?
EDUARD. Sí. Quiero hablarte de un asunto importantísimo.
MIG. Es cosa de teatro?
EDUARD. No.
MIG. Porque de serlo, mal consejero haría: ni me gusta, ni entiendo nada de él.
EDUARD. Pues mira; sin ser de teatro parece un drama.
MIG. Será muy malo.
EDUARD. Como drama, es excelente; como hecho real de la vida, es ménos bueno.
MIG. Tú, siempre el mismo. Tan vehemente, tan artista, como ahora se dice. Y estás guapo! Hombre! Me quedé sorprendido cuando mi padre me dijo quién eras.
EDUARD. Yo, enseguida te conocí.

MIG. Y tengo entendido que has hecho algo de carrera. No lo estraño. Ni eres tonto... ni el oficio es muy difícil!... Teniendo audacia...

EDUARD. Ciertamente. Con mucho estudio, no ménos talento, y algo de eso que tú llamas audacia, se consigue ser un regular actor.

MIG. Alábate, hijo!

EDUARD. Tú me has alabado, yo no. Pero esta discusion, en ninguna manera provechosa, nos distrae del objeto principal que me obliga á molestarte.

MIG. (Si yo pudiera!) Hombre!... Yo queria (Como si esperara distraer á Eduardo de su propósito.) pedirte consejo en un asunto que me preocupa mucho.

EDUARD. Consejo!

MIG. Sí; tengo fé en tu cariño y gratitud. Tú no puedes mentir un afecto como el que me profesas.

EDUARD. Habla.

MIG. (Sin duda mi autoridad!) Un deber penoso suspende mi ánimo de tal manera... que... en fin... tú, como hombre de bien, y tratándose de mí, terminarás esta incertidumbre. Quiero casar á mi hija...

EDUARD. A quién? (Sin comprender.)

MIG. La cosa es muy de mi gusto y estoy casi decidido... Magdalena aprueba mi propósito...

EDUARD. Pero, qué estás diciendo?

MIG. Mi hija...

EDUARD. Tu hija? A ver, qué?

MIG. (Adelante.) Quiero que se case.

EDUARD. Has dicho quiero?

MIG. Qué te pasa?

EDUARD. Te estoy oyendo, y sin embargo creo que estoy soñando. Sueño, sí, dime por favor que soy presa de una horrible pesadilla!

MIG. Creo más. Creo que estás loco.

EDUARD. Y cómo no, si te escucho!

MIG. Vaya, vete á un manicomio y déjame en paz. (Pausa.)

EDUARD. (Carolina, es tu padre.)

MIG. (Si yo espreso firmemente mi eleccion!)

EDUARD. (No olvidaré los consejos de don Justo... serenidad.)

MIG. (Sin llegar á un disgusto grave, lograré lo que deseo)

EDUARD. (Es tan egoista!)

MIG. (Es tímido... y quién sabe...)

EDUARD. Con que me pides consejo, acerca del pensamiento?...

MIG. De casar á mi hija.

EDUARD. Eso es... de casar á...

MIG. Qué te parece?

EDUARD. Segun con quien sea.

MIG. No hace falta saberlo.

EDUARD. Es lo más importante... segun. .

MIG. Sea ella feliz... y lo demás...

EDUARD. De eso se trata... y francamente, no lo será sino siendo mi mujer.

MIG. Qué! (Asombrado.)

EDUARD. Lo que has oido.

MIG. Mi hija tu mujer?

EDUARD. Eso es.

MIG. Imposible! Y no hice mal, cuando te califiqué de loco.

EDUARD. Pero, por qué?

MIG. Por qué, preguntas?

EDUARD. Claro está.

MIG. Porque... basta; no hablemos de eso. Es suficiente mi voluntad.

EDUARD. Me perdonarás, si no soy de tu opinion.

MIG. No tengo que perdonarte; en nada estimo tu opinion.

EDUARD. No me pedias consejo?

MIG. Pero, no en esto.

EDUARD. Pues en qué?

MIG. Eres muy terco.

EDUARD. Por qué?

MIG. Ay! Qué apurar! Basta de porqués!... Quiero que se case con otro.

EDUARD. Quién es?

MIG. Desde luego no eres tú.

EDUARD. Quién es? Responde.

MIG. Anda al diablo.

EDUARD. (Reprimiéndose, y como llamando á sí á todos los sentimientos de conciliacion.) Miguel, no me conoces. Has supuesto en mí timidez bastante para humillarme ante eso que llamas tu voluntad. Adivinabas mi propósito, suponías una contrariedad para tí y me saliste al encuentro, entrando de lleno en el asunto. Mira, creo que soy digno de tu hija porque soy honrado y porque la quiero mucho. Me conociste niño, y no es posible que se hayan borrado de tu mente aquellos años tan felices que bajo el techo de tu buen padre pasamos. *Este amor, sin duda que *es muy digno de respeto. Nació en la cuna; *deja que muera en el ataud.* No ignoro que es don Luciano á quien quieres entregarla. Pero su dicha no puede hacerla ese hombre: ella no le ama, no le amará jamás. *Cruel palabra *que encierra en sí la perpetuidad del infortu- *nio!* Tú no puedes querer esto, Miguel, tú no lo quieres!

MIG. Vaya! vaya!... quimeras y no más que quimeras.

EDUARD. Por Dios!...

MIG. No seas loco! Piensa en lo que has dicho y al punto advertirás tu error. Crees que sea posible este matrimonio? Has dado abrigo á semejante idea? Delirios juveniles!

EDUARD. Por favor te pido que midas tus palabras!

MIG. Por favor te pido tambien que no olvides con quien hablas!

EDUARD. Miguel! (Reprimiéndose.)

MIG. Además, ocupas posicion muy inferior á la que yo para mi hija ambiciono.

EDUARD. Y don Luciano sí?

MIG. Hombre, es un médico eminente y de rico patrimonio.

EDUARD. Es rico!! (Con espresion dolorosa.)

MIG. Sí, Eduardo, es rico. Adora á Carolina, y creo que más que tú, pues no la hace su mujer para que con él comparta angustias y privaciones.

EDUARD. Miguel, calla por Dios!

MIG. La verdad siempre debe decirse.

EDUARD. La verdad!

MIG. Con que olvida esa tontería que se te ha metido en la cabeza. Estudia, emprende oficio lucrativo y...

EDUARD. Qué! (Con ira.)

MIG. En una palabra. Que te hagas hombre de provecho.

EDUARD. Ah! Eres un miserable. (Con indignacion.)

MIG. Yo! (Con furor y conteniéndose violentamente.) Já já! Bah. Mejor será tomarlo á risa. El niño se ha hecho descarado.

EDUARD. La verdad siempre debe decirse. Son tus mismas palabras. Nada diré de tu comportamiento como padre hácia tu hija infeliz, y ménos aún sobre el que con el tuyo has observado.

MIG. Calla.

EDUARD. Dios te pedirá cuenta de ello.

MIG. He dicho que calles.

EDUARD. Escucha *He recordado aquel tiempo de dulce *y cándida alegría, de tu juventud y de mi in-*fancia, con la esperanza de que á esta voz no *podria ser sordo tu corazon. Me he engañado.* La gratitud me obliga ahora á hablarte así. Recibí mercedes que no he olvidado. Cómo pagarlas sino diciéndote la verdad? Motivos que conozco te obligan á negarme la mano de Carolina. Tratas de pagar la vida de un hijo con la de otro que no tiene madre que la defienda.

MIG. Pero qué dices?

EDUARD. Con su rico patrimonio podrá darle don Luciano, lujo, placeres y tranquilo bienestar; pero esta riqueza que nada cuesta ganarla, satisface ménos á la dulce esposa, que la modesta posicion conquistada con un honrado trabajo. Vale por acaso el oro más que la sangre?

MIG. Basta he dicho. Eres necio en demasía.

EDUARD. Pero, es cierto que no quieres oir la voz de la razon? No piensas en tu hija?

MIG. Me quieres dejar en paz.

EDUARD. Miguel!! (Con tono conmovido.)

MIG. Dale!

EDUARD. No tienes corazon?

MIG. Lo que no tengo es paciencia para escuchar tantas majaderías!

EDUARD. No me oyes? Olvidas que la ley?... (Rápidamente.)
MIG. Hola! Me amenazas? Insensato!
EDUARD. Líbreme Dios!
MIG. Sal, sal de esta casa.
EDUARD. Me arrojas de ella?
MIG. Ahora mismo!
EDUARD. Piénsalo bien!
MIG. Hay tal? Harás que te arroje por fuerza?
EDUARD. Oh!! (Movimiento de cólera.) Sí, serias capaz de ello, porque eres un infame!!
MIG. Vete!! (Queriendo arrojarse sobre Eduardo, y conteniéndose.)
EDUARD. Adios! (Eduardo intenta salir por el foro, á tiempo que don Justo, entrando en escena por la primera puerta izquierda, le llama y le hace bajar hasta el proscenio.)

ESCENA IX.

DICHOS.—DON JUSTO, y á poco MAGDALENA, por la primera puerta derecha.

JUSTO. Eduardo!!
EDUARD. (Don Justo!)
MIG. (Mi padre!)
MAGD. (Saliendo.) Por qué gritas? (A Miguel.)
JUSTO. Ven. (A Eduardo.)
EDUARD. Qué quiere usted?
JUSTO. Qué ha sucedido?
EDUARD. Me la ha negado. Me ha ofendido cruelmente y... me ha arrojado de esta casa.
JUSTO. Qué!!... Hás hecho eso? (Á su hijo y poseido de una justa indignacion.)
EDUARD. Señor!... piense usted en sí!!
JUSTO. Hás arrojado de esta casa á Eduardo?
MIG. Me ha insultado villanamente.
JUSTO. Y qué?
MIG. Padre, repórtese usted.
JUSTO. Defiendo la vida de mi nieta, de mi hija, y por nada del mundo retrocederé. Herencia del alma es esta que necesito defender. Yo he for-

mado su corazon, tan hermoso como es, á mí me debe el calor y cariño de un padre. Quién tiene por lo tanto más derechos sobre esta pobre criatura?

MIG. No prosiga usted.

JUSTO. Y es muy posible que á Eduardo le hayas considerado poco para ella, que le hayas humillado, porque la riqueza desvanece y nada hay que engría más que los bienes adquiridos sin trabajo.

MAGD. Oh! (Con indignacion.)

MIG. Padre! padre! (Con cólera.)

JUSTO. Y no te pido ya la aprobacion de mi deseo, de mi esperanza, para nada la necesito. Carolina será esposa de Eduardo.

MIG. Nunca!

MAGD. Jamás.

JUSTO. Tú, Magdalena, aconsejas á Miguel en contra de vuestra hija?

MAGD. No es hija mia.

JUSTO. Cierto, que á serlo y oirte, seria cosa de matarte.

MAGD. (Oh! Miguel, qué humillacion delante de ese hombre!) (A Miguel.)

MIG. Basta.

JUSTO. Tienes orgullo escesivo y él te obliga á no respetar lo que merece tanto respeto. Miguel tiene una hija. Amas á tu marido? No quieres á tu hijo? Adórale por ser tuyo. Ama á Carolina por ser hija de Miguel.

MAGD. (*) Qué!

JUSTO. *Vienes á esta casa. Soy el padre de aquel á *quien has dado tu fé, y prefieres en cariño á le *janos parientes, obligando á mi hijo á dejarles *el fruto de vuestro amor, el niño cuyas gracias *infantiles tanto bien me hubieran hecho.*

MAGD. Pruebas doy ahora de respetar á usted. (Con mal fingida prudencia.)

JUSTO. Sí; pruebas innegables de la poca veneracion que me concedes.

MAGD. Me insulta usted?

JUSTO. No, no te insulto; pero para la ridícula vanidad, toma aspecto de ofensa el consejo más cariñoso. (Magdalena cae llorando de rabia sobre una butaca.)

MIG. Ofende usted sin razon á mi mujer.

JUSTO. Mira: ningun derecho puede tener sobre su hija, el hombre que no ha sido buen padre. Fuiste en busca de fortuna, la hallaste, segun parece, y tu corazon no ha latido una sola vez al recuerdo de esta pobre huérfana. Me dejaste viejo, y tan poco pensaste en mí. Pero es que no te has enternecido pensando en nuestro abandono durante tantos años? Qué ha pasado en tu cobarde espíritu? Si fueses capaz de amar, no nos hubieras olvidado. Oh! Qué idea tan horrible brota en mi mente! No quisiste la libertad del trabajo y sufres la esclavitud de la opulencia.

MAGD. (Oh! Vergüenza.)

MIG. Piense usted lo que dice.

EDUARD. Salgamos de aquí, don Justo.

JUSTO. Ay! hijo mio! (A Eduardo con voz desfallecida.)

EDUARD. Valor!

JUSTO. Hijos, olvidad lo que haya dicho. Uníos nuevamente por el amor á esa niña. Miguel, por favor. Magdalena, sé mujer! Dile cuál es su obligacion.

MAGD. Yo!

JUSTO. Hijo de mi alma, bendice esos amores!

MIG. Padre... no.

JUSTO. Quieres que anegado en llanto y de rodillas implore amor para tu hija? Si es así, en nombre de tu madre te suplico que anheles su felicidad! (Durante este ruego, don Justo se habrá ido inclinando trabajosamente hasta caer de rodillas al terminarlo. Miguel, aunque con frialdad, tratará de impedirlo.)

EDUARD. Oh! Usted de rodillas! Aquí, aquí conmigo, anciano venerable... Y tú, de rodillas ante tu padre.. (Eduardo sujeta fuertemente á Miguel y le obliga á arrodillarse.)

JUSTO. Hijo!

MAGD. Miguel!

MIG. Suelta.

EDUARD. De rodillas

MIG. Defiéndete! (Miguel se suelta de Eduardo, coge una silla é intenta levantarla, amenazándole con

ella. Magdalena se arroja sobre su marido y le contiene, al mismo tiempo que dá un grito y don Justo dice: Qué vas á hacer.)

MAG. Ah!

JUSTO. Qué vas á hacer, malvado!

MIG. Padre, usted lo ha querido. Va usted á verlo. Carolina! Carolina!

ESCENA X.

DICHOS — CAROLINA.—DON LUCIANO.

CAR. (Saliendo.) Por qué llamabas.

JUSTO. Hija de mi vida!

LUC. (Entrando por el foro.) Él aquí!

MIG. Ven conmigo. (A Carolina.)

CAR. Abuelo!

JUSTO. Vida mia! (Eduardo quiere interponerse entre Carolina y su padre que quiere sujetarla.)

MIG. Soy su padre! Nadie puede oponerse. Mañana me marcho á América. Carolina viene conmigo.

JUSTO. No! No! Piedad!

CAR. Dios de mi vida! (Don Justo abraza á su nieta estrechísimamente como si temiera que ya la arrancasen de su lado.)

EDUARD. Oh!

LUC. Qué! (Adelantándose al proscenio.)

EDUARD. Amparo pediré á la ley!

LUC. Despues de matarme á mí. (Interponiéndose entre Eduardo y Miguel, y con acento frio y determinado.)

CAR. }
JUSTO. } Jesús! (Poseidos de verdadero terror.)

MIG. }
MAGD. } Oh!

EDUARD. Despues. (Con furor reconcentrado é indicando la puerta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

DON JUSTO, solo.

Llevarse á Carolina!!—No hay duda, lo dijo, y aún me parece ver su cara en la cual brillaban la cólera y el orgullo. Pero llevársela, no verla más, es matarme y... no, no, mi hijo no lo hará. *Imaginarlo tan sólo es una locura, un dispara- *te inconcebible! Se arrepentirá sin duda! El vol- *verá con lágrimas en los ojos á pedir perdon *para su culpa. No es cierto?—Corazon, dí que *sí, no me digas que miento, porque entonces *creeré que eres digno de perderla!*

ESCENA II.

DON JUSTO.—CAROLINA, por la puerta izquierdá.

JUSTO. Han ido ya? (Con angustia.)

CAR. Sí, señor! (Idem.)

JUSTO. Por supuesto que habrás encargado que se haga tal como yo he dicho.

CAR. Sí, señor!]

JUSTO. Que le busquen! Que necesito verle!!...

CAR. Sí, abuelo, sí. (Sollozando.)

JUSTO. Quiero evitar ese maldito desafío. (Pero qué estoy haciendo) (Aparte.)

CAR. Madre mia!!! (Llorando.)

JUSTO. Ay! Carolina, qué desdichados somos los dos. Pero esto no ha de durar; mal han andado las cosas hasta ahora; de hoy en adelante tal vez tomen venturoso rumbo. Ea! Ea! No más lágrimas! (Secando los ojos de Carolina con su pañuelo.) Mire usted qué ojos, amoratados de tanto llorar! Es que no me quieres? Que no tienes esperanza en tu pobrecito abuelo?

CAR. Ay! Sí... es... que siento... (Indicando al corazon.) aquí... una pena tan honda!! (Nueva esplosion de llanto.)

JUSTO. Hija mia... Por Dios te lo pido!

CAR. Es verdad, yo no pienso en usted... que es tan bueno para mí... mi único consuelo y esperanza!!... (Violentándose poderosamente.) Ya no lloro!!... Ya estoy tranquila!!...

JUSTO. *La risa del dolor, es mil veces más angustiosa *que su llanto! Tu herida brota sangre, y tu risa *hace llorar.

CAR. *No, no lloro... solo... que...

JUSTO. *Solo que echas la cabeza atrás y tus manos pa*recen de frio y bien templado acero, que al par *que oprimen las mias con fuerza irresistible, *hielan la sangre de mis venas.

CAR. *Parece como que falta ya á la mia la vida de *Eduardo!... (Transicion.) * Pero usted tiene razon; me inquieto demasiado, porque ser tan infeliz (Con voz conmovidísima.) es imposible. Dígame usted. Sin duda mi atropellada mente habrá dado cuerpo de realidad á lo que no puede ser. La frase de don Luciano me llenó de asombro y espanto. Cómo la dijo!! *Despues de matarme á mí.* En su acento se notaban encono profundísimo y cólera increible. Pero usted dijo no há mucho: *Quiero evitar ese maldito desafío*, y yo no sé que pensar. Es que van á matarse? Es que tienen corazon de fiera?...

JUSTO. *Hija!... (Como dudando en la respuesta que ha *de dar.)

CAR. *Yo no lo entiendo—no sé lo que es—pero ahora *veo que mi desgracia es mayor que lo que ima- *ginaba. Antes la creia imposible; ahora le pido *á Dios que no la haga más grande*.

JUSTO. Vida mia! En nombre de tu madre!

CAR. Ah!! (Como atormentada de horrible vision, da un grito horrible.)

JUSTO. Carolina!!...

CAR. Eduardo!!... Muerto!... Qué horror!!

JUSTO. Qué estás diciendo?

CAR. No le matará... no es cierto? No será tan infame? Madre mia, dame tu amparo; dásele tambien á él!

JUSTO. Tratas de volverme loco!! Mira que ya mi cansado espíritu no tiene fuerzas para más.

CAR. Y Eduardo?...

JUSTO. Y creiste por acaso, que os iba á abandonar?... Lo has creido?

CAR. Abuelito de mi vida! (Abrazándole.)

JUSTO. Pues entonces ten confianza en mí como ántes la tenias. Yo calmaré tantas y distintas pasiones, únicos verdugos que nos atormentan. Has olvidado que os dije: *Aquí os uniré y desde arriba os bendeciré*? Quiere tu padre quitarte de mi lado, llevarte con él, dejarme solo, sin tu amor, sin verte, y sin que al morir, tus adoradas manos cierren mis ojos y puedan acariciarte con su última mirada!...

CAR. No diga usted eso!. .

JUSTO. No, si no es que suceda, porque no merezco un castigo tan horrible; ni tu padre es capaz de hacerlo; cómo, siendo quien es? Supones que puedo dejar morir á Eduardo con fria indiferencia? A quien doy el santo nombre de hijo, al que profeso afecto de padre?

CAR. En usted confio ahora más que nunca. Cuánto me ha querido usted, cuánto me adora no lo puedo olvidar, ni Eduardo ha de olvidar tampoco este amoroso afan. Usted aprobó y bendijo nuestro amor y convirtió nuestra vida en una

dicha que hoy se ha trocado en cruel tormento; Sálvenos usted porque sino... nos moriremos de dolor. La vida de Eduardo, que no se bata! yo se lo pediré á don Luciano, de rodillas si es preciso. Abuelito, sálvele usted! Su vida, su vi. da ante todo! Dígaselo usted á mi padre, á don Luciano, á todos, á todos... que quiero salvarle y si... para conseguirlo... fuese preciso... sí... no importa... estoy decidida ello... si fuese preciso me iré con mi padre. (Todo dicho con vehementisimo dolor.)

JUSTO. Qué!! (Aparte.) (No puedo más) Conque si es preciso... (Muy conmovido.)

CAR. (Como comprendiendo la pena de su abuelo.) Ah!!... perdon!... perdon!... padre mio!... No, no lo crea usted; es... que... pero usted es primero!... Sálvele usted, que no se bata... su muerte seria la mia... y usted que es tan bueno... Madre!! (Enjugándose las lágrimas y procurando vencer la pasion que le domina.) Ah!!... Con que...

JUSTO. Llora! llora!...

CAR. No... no... usted lo ha de hacer... y aunque no... pero... su vida... su... vida. (Viendo á don Luciano que entra por el foro en escena da un grito horrible y huye por la puerta izquierda.) Ah!!!... Jesús! A qué viene?...

JUSTO. Carolina!! (Viendo á don Luciano.) Ah!! usted aquí!!

LUC. (Cuánto me aborrece!!) (Aparte.)

JUSTO. (Aparte.) (Misericordia!)

ESCENA III.

DON JUSTO.— DON LUCIANO, entrando por el foro.

LUC. En el alma siento haber molestado á ustedes con mi presencia repentina.

JUSTO. No, á fé, señor mio. Lejos de molestarme, es de gran satisfaccion para mí el verle en esta casa.

LUC. Apenas han pasado cuatro horas de los tristes

sucesos aquí ocurridos, y juzgo, por lo tanto, que no es propicia la ocasion de volver; pero su hijo de usted me ha rogado que venga...

JUSTO. Miguel!! (Con sorpresa.)

LUC. Sí, señor.

JUSTO. Cuándo? Cómo?

LUC. En una carta que acabo de recibir.

JUSTO. Y ha sido él?

LUC. El mismo.

JUSTO. (Dios mio, será su arrepentimiento?) (Aparte, y con mucha alegria.) Pues bien, don Luciano, temeraria imprudencia seria que ahora recordase á usted el poco respeto que á mi casa y nombre ha tenido, provocando dentro de ella, y delante de mí, gravísimo conflicto.

LUC. Yo le suplico á usted... (Con entereza.)

JUSTO. Inútil súplica, porque á los *ochenta años*, toda pasion violenta, fácilmente se domina, y con facilidad igual se perdona en los demás. Los celos y la cólera enajenaron su razon, que si no, seguro es que tal no hiciera.

LUC. Pues bien... (Interrumpiéndole.)

JUSTO. (Idem.) Pues bien: ahora creo que usted, como justa satisfaccion, me hará la merced de escucharme.

LUC. Hable usted.

JUSTO. Acaba usted de ver, por casualidad milagrosa tal vez, la espresion fidelísima y clara del alma de Carolina. Horror, tan solo, le ha inspirado su presencia! (Movimiento de don Luciano.) Yo no puedo creer en la obstinacion de un hombre, que como usted, tiene tan claro entendimiento. Qué espera usted conseguir? Su amor? Eso no puede ser.

LUC. Oh!... (Con abatimiento.)

JUSTO. No, don Luciano, jamás alcanzará usted el amor de Carolina. Podrá usted llamarse su esposo, tenerla siempre á su lado, guardarla como tesoro magnífico que se teme perder... Pero y su corazon? *Créame usted, el afan nunca se de-
*tiene en su camino, siempre va más allá, y
*á la empresa difícilmente vencida, sigue el tor-

*mento horrible de llegar á la que no puede lo-*grarse.* Y qué tortura mayor, para quien tanto ama, como ver siempre en la adorada esposa, la indiferencia ó el desprecio?

LUC. Don Justo, usted cree acertar en todo lo que acaba de decir; pero yo creo exajerado su juicio! (Con mucha agitacion.)

JUSTO. El orgullo puede más en usted que la razon! Su orgullo le ha impedido ganarse el corazon de Carolina. Arrastrado por él, y conociendo que procedia mal conmigo, ha intentado alcanzarla por medios reprobados.

LUC. Reprobados?... (Con aturdimiento.) Medite usted bien lo que dice... (Fingiendo altanería.)

JUSTO. Oh!! Bien meditado lo tengo. A usted firmemente le constaba, que Miguel!!...

LUC. Qué!!...

JUSTO. Qué?... Nada!... Unicamente!... pero... no. . es ocasion favorable... Hablemos de lo que á los dos nos interesa. (Con mucha emocion.)

LUC. (Noblemente.) Pues bien, sí; conocia la conducta de Miguel para con usted, para con esa pobre niña; y cómo ni á qué negar lo que usted adivinó. Impulsado por la pasion vehemente que por entero domina mi alma, creí segura mi victoria, creí ser por este medio, que usted con razon afea, esposo de Carolina, único poseedor de su hermosura. (Transicion.) Pero alguna disculpa tiene mi proceder, y usted la hallará en el fondo de su corazon.

JUSTO. No, don Luciano, no puedo hallarla, porque usted no se ha atrevido á declarar todo lo que hay en su conciencia. De algo más le acusa, por más que nada diga.

LUC. Mi conciencia!! (Turbado.)

JUSTO. Si solo fuese haber contado con la amistad de un hombre, pecado venial sería. Pero usted ha hecho más. Ha contado con el reconocimiento de un padre, con la gratitud de un hijo, con una mujer altiva, y un alma fria é indiferente, para hacer desventurada á esa pobre criatura.

LUC. Oh!! .. Y yo! (Reprimiéndose.) Don Justo... es

verdad, con eso he contado, he sido un miserable! (Con entereza.)

JUSTO. Déjeme usted estrechar su mano, porque es la de un cumplido caballero. (Con mucha alegría.) Usted no podia cometer infamia tal! Bien lo decia yo!...

LUC. Oh! (Como volviendo en sí.) Antes le dije á usted que he sido un miserable. Usted cree que no soy capaz de cometer tal infamia! Sí, soy un miserable, un infame, porque soy capaz de cometerla... Dejar que Carolina!... Jamás!

JUSTO. Que jamás!... Que no?... Eso no es cierto, no puede ser. Vuelve usted á la salud á mi querido nietezuelo, y á tan inmenso beneficio quiere usted que la recompensa sea la vida de Carolina? De su hermana? La vida del uno por la del otro? (Pausa.) *Piénselo usted bien. Para con- *seguir su mano tiene usted que matar á Eduar *do; y si antes no le amaba, cómo le amará *despues, manchada su mano con la sangre del *que adora? Ese desafío no puede llevarse á *cabo, no quiero yo, no lo consentirá Miguel. *Confio en ese corazon que usted intenta aca- *llar con sin igual violencia. No puede ser tan *malo el hombre que ama.* La quiere usted mucho? No seria usted capaz de morir por ella?

LUC. Lo duda usted?... (Con valor.)

JUSTO. Pues entonces, sálvela usted. Nunca á la pasion egoista pudo llamarse amor. Amar es el deseo constante de hacer la dicha de la mujer amada. Verla reir. Qué felicidad! Verla llorar. Qué pena tan grande! *Desgraciado el que ama sin *poder manifestar la grandeza de su inclinacion; *pero no así aquel que, conocido su amoroso *afecto, le sacrifica con valor en bien de la que *tanto quiere.

LUC. Jamás! Un esfuerzo titánico del alma sería lo que usted propone, lo que tal vez sea justo... pero yo... no puedo... no quiero que sea... porque sería matarme!

JUSTO. Y quiere usted matarla á ella?

LUC. Quiero verla contenta y feliz á mi lado. Nada

me recuerde usted, nada me diga! (Con rudeza.) Mañana!... Oh! Ya es mi deseo, matar ó morir!...

JUSTO. Qué dice usted? Mañana?...

LUC. Aunque hubiese (Con acento de terror.) querido evitarlo... ya no es posible.

JUSTO. Qué?...

LUC. Sus padrinos han pactado ya con los mios...

JUSTO. Pero! (Ahogándose de dolor.)

LUC. Señor!... Es usted un mártir... y yo un insensato que le está matando... Perdon!... Adios!...

JUSTO. No... no puede usted marcharse sin hablar con mi hijo. El le ha llamado á usted, para algo le querrá... Voy... (Con mucha agitacion.)

LUC. Es inútil!... no quiero verle... (Apresuradamente.)

JUSTO. Miguel!... Magdalena! Venid. (Llamando á sus hijos.)

LUC. Es preciso que yo salga!

JUSTO. (Deteniéndole.) Intenta usted matarme tambien? (En tono de súplica.)

LUC. Don Justo!

JUSTO. Por favor!... Por piedad!

LUC. Imposible! (Intentando salir.)

JUSTO. Miguel! (Llamando y deteniéndole.)

LUC. No le llame usted.

JUSTO. No tiene usted compasion?

MIG. (Saliendo puerta derecha.) Qué quiere usted, padre?

MAGD. Por qué llama? (Saliendo.)

JUSTO. Don Luciano que deseaba veros y... me ha suplicado que os llamase!

MIG. (Con alegría.) Gracias á Dios!

JUSTO. Aquí le teneis.

ESCENA IV.

DON JUSTO.—MIGUEL.—DON LUCIANO.—MAGDALENA.

MIG. Has recibido mi carta?

LUC. Sí.

MIG. Como has tardado tanto, creí que no.

JUSTO. Hace tiempo que estamos charlando aquí.

MIG. Los dos? (Con sorpresa.)

JUSTO. Los dos; y de cosas muy importantes. (Con intencion.)

LUC. Cierto... pero no puedo detenerme por más tiempo...

MIG. Espera un poco, que aún no te he dicho... (Con prontitud.)

LUC. Sé breve... (Con sequedad.)

MIG. Más depende de tí que de mí la brevedad que deseas.

MAGD. (Con tono jovial.) Dénos usted formal palabra de cumplir lo que vamos á rogarle!...

LUC. Si puedo cumplirlo...

MIG. Si quieres...

MAGD. Y usted querrá. (Con tono afirmativo.)

LUC. Me parece que no...

MIG. Por qué lo dices?...

LUC. Porque adivino lo que ustedes quieren, y he andado torpe en venir á esta casa, accediendo á tus súplicas.

JUSTO. (Aparte.) (Qué temeridad!... Y Eduardo que no viene!)

MIG. Ese duelo!!...

LUC. Se ha de verificar... (Con firmeza.)

MIG. Qué!... (Con sorpresa.)

MAGD. Don Luciano!!... (Idem.)

LUC. Inútil será cuanto intentes, Miguel, inútil cuanto usted ruegue, señora.

JUSTO. (Aparte á Miguel y Magdalena.) (No importa, rogadle, suplicadle, y sobre todo, hijos de mi alma, no dejeis que se vaya.) (Don Justo ha debido aproximarse á la puerta de su cuarto, prestando atencion, sin embargo, á lo que dice Miguel, y sale de escena.)

ESCENA V.

MAGDALENA.—MIGUEL.—DON LUCIANO.

MIG. Te he llamado, porque á todo trance quiero evitar ese duelo.

LUC. No puede ser.
MIG. Será.
LUC. He dicho que no!
MAGD. Por qué?...
MIG. Imaginas acaso que tengo más interés por el otro que por tí? En eso te equivocas. Nada le debo.
LUC. Y á mí sí!...
MAGD. Le debemos á usted la vida de nuestro hijo.
MIG. A Eduardo no le daré jamás la mano de Carolina. Te has adelantado á mi voluntad que es poderosa. Quién se ha de oponer á mi mandadato? La ley? Si se atreve ese muchacho á pedirle amparo, yo le meteré en cintura. Eres mi amigo, y no quiero que te ocurra una desgracia. En este disgusto media el nombre de mi hija, y quiero salvarle. No tengo razon?
LUC. No puedo contestarte
MAGD. (Qué hombre tan singular.)
LUC. Y conseguirás que me quiera? (Durante la última réplica de Miguel, don Justo ha salido á escena sin ser visto de los que en ella están. Va buscando el centro de los personajes, y su accion y gesto serán los que el diálogo vayan indicando.)
MIG. (Sorprendido.) Hombre! Yo... creo...
LUC. Si no lo consigues, entonces qué tengo que agradecerte?
MIG. }
MAGD. } Eh!!! (Muy sorprendidos.)
LUC. Algun tiempo llegué á creer, que el amor que á Eduardo tenia, pudiera ser delirio pasajero; pero no; le quiere con toda su alma. El ódio que me profesa es prenda segura de su amor. He sido un miserable, por cálculo bien equivocado por cierto; y ya que á tu hija no puedo olvidarla, he de ser un miserable honrado. Sí, llamarme su esposo, es hacerla muy infeliz, es una infamia, pero no quiero que tú labres su desdicha... yo, yo solo puedo hacerlo, pero nadie más. (Con mucha vehemencia.)
MIG. Estás loco?
LUC. Me da derecho á hablarte así, algo de compli-

cidad que entre nosotros existe. Tu padre, aquí mismo, hace un instante, arrancó la máscara hipócrita que cubria mi rostro. «*La vida de ella por la de su hermano!!*»

MIG. Qué!! (Con espanto.)

MAGD. Oh!! (Idem.)

LUC. Sí, estas han sido sus palabras. Yo, esperaba verte llegar como padre, y volver por los fueros del corazon de tu hija, una vez convencido de la firmeza de su amor.

MIG. Te suplico... (Con aspereza.)

LUC. Pero, cómo, si no la quieres?

MIG. Calla! (Con entereza.)

MAGD. Don Luciano! (Idem.)

LUC. Eres además tan insensato, que has supuesto que menospreciando á Eduardo, me ensalzabas á mí! Basta que la quiera, hasta arriesgar por ella su vida, para que yo le respete. Y es de tal manera el amor que la tengo, que sólo porque la olvidas y aprisionas su voluntad, te tengo por enemigo. (Con pasion vehemente.)

MIG. Basta! (Con imperioso tono.)

MAGD. Caballero! (Idem.)

LUC. Solo ese anciano venerable pudiera, á su antojo, mandar en el corazon de tu hija. Tan sólo él, es su padre, nunca tú, que la olvidaste. (Movimiento de Miguel y Magdalena al escuchar esta frase. Interpónese en este instante don Justo entre su hija y don Luciano. Sorpresa en éste, vergüenza en los otros).

JUSTO. Ves, lo que yo te decia!

MIG.
MAGD. } Oh!

LUC. Don Justo!

JUSTO. (A su hijo, en voz baja.) Ese hombre te recuerda tu deber, es, tu conciencia que habla.

MAGD. Señor! (Violentándose.)

JUSTO. (A su hijo.) Lo que ese hombre te ha dicho, sobradamente demuestra que eres mal padre. Ahora, imaginar tan solo el llevarte á Carolina, manifiesta con claridad que eres mal hijo. (A Magdalena.) Tú puedes mucho sobre él, haz que sea lo que debe; esa es tu obligacion.

MIG. Padre!!

MAGD. Dios mio!

JUSTO. (A don Luciano.) Conque, amigo mio! No tiene usted piedad de mí?

LUC. Don Justo, antes no sé si le pedí á usted un perdon que no merezco; si no, encarecidamente, se lo pido ahora (Con tono respetuoso.)

JUSTO. Pero!... (Con mucha ansiedad.)

MAGD. (Con mucho susto y cuidado.) Don Justo, Eduardo acaba de entrar!

LUC. Eduardo!! (Con ira.)

JUSTO. Ni mis súplicas?...

LUC. Ni aun ellas! Es imposible.

JUSTO. Eduardo vendrá á esta sala en busca mia; entre usted en el cuarto de Miguel.

LUC. Y por qué?...

JUSTO. Porque yo se lo ruego.

LUC. Obedezco. (Entrase, puerta derecha.)

JUSTO. Hijo!... Magdalena! Entrad vosotros con él. (Entranse, puerta derecha.)

ESCENA VI.

DON JUSTO, y EDUARDO, por el foro, en el cual se detiene.

JUSTO. Entra.

EDUARD. Me ha mandado usted venir!... (Con humildad.)

JUSTO. Por lo mismo no comprendo ese temor. Ven. (Eduardo entra en escena.)

EDUARD. Aquí estoy.

JUSTO. Cuándo has recibido mi aviso?

EDUARD. Hace un instante.

JUSTO. Y sospechas con qué objeto te he llamado?

EDUARD. No... señor! (Titubeando.)

JUSTO. Que... no?

EDUARD. Sí, señor. No sé mentir. (En tono afirmativo.)

JUSTO. Pues bien. Cuál es?

EDUARD. Señor!...

JUSTO. Cuál?...

EDUARD. Mi desafío con don Luciano.

JUSTO. Qué más?

EDUARD. No adivino!... Pero aun no se ha pactado nada...

JUSTO. Me estás engañando y dices que no sabes mentir.

EDUARD. Por Dios!...

JUSTO. Mañana debe verificarse ese desafío...

EDUARD. Y quién se ha atrevido... (Con furor.)

JUSTO. Tienes razon; mientes; pero no sabes mentir.

EDUARD. Oh!...

JUSTO. Mañana ha de verificarse. Tú qué piensas hacer? Te batirás?

EDUARD. Para qué me ha llamado usted? (Con desesperacion.)

JUSTO. Para saberlo por tí.

EDUARD. Don Justo!!! (Con tono suplicante.)

JUSTO. Por qué no me has preguntado por Carolina?

EDUARD. Padre!!!

JUSTO. Por qué? (Con insistencia.)

EDUARD. Porque ahora necesito mucho de mi valor!!!...

JUSTO. Nunca fuiste cobarde. Si ahora necesitas de todo tu valor, será porque intentas una mala accion.

EDUARD. Yo?...

JUSTO. Porque sabes que el golpe que á tí te hiera, herirá su corazon y el mio.

EDUARD. Por piedad, calle usted!!

JUSTO. Y la tienes tú de los dos?

EDUARD. Padre!... Firme juramento me obliga á no escuchar sus palabras!...

JUSTO. Y no juraste tambien hacer feliz á esa niña?...

EDUARD. Quiere usted que mi honor!...

JUSTO. Eduardo, el honor consiste en tener honra. Guárdala, consérvala como hasta aquí, sin sombra que la oscurezca, y... serás hombre de honor.

EDUARD. No!... Tenga usted compasion!

JUSTO. Y á mí me has olvidado. Breves dias me quedan de vida y quieres acortarlos más. A tu segundo padre! Al que tanto te ha querido! Y no es solo eso. Carolina jamás será esposa de ese hombre, pero por conservar tu vida, cederá, se irá de mi lado, se marchará con su padre muy lejos de mí y la perderé para siempre...!

EDUARD. Oh! Corazon!... qué me dices?

JUSTO. Dios me amparará! (Con indecible angustia.)

EDUARD. No... no... la gratitud y el amor, no son palabras vanas. Es preciso que yo no mate á ese hombre: es necesario que olvide á Carolina! (Mucha pasion.) Olvidarla!... Don Justo!... Padre!... Por qué he venido?... Pero sí, es mi deber!... Esto me manda aquel que debió á usted tantos beneficios... Carolina se quedará con usted... yo la olvidaré... Yo!?... Sí, la olvidaré!... Que venga ese hombre!... Que me humille!... Que me insulte!... Usted será feliz!... Usted morirá á su lado!... Quiere usted más, señor?...

JUSTO. Hijo!... Hijo de mi alma! Harás eso? Bendito seas! (Quedan abrazados estrechísimamente)

ESCENA VII.

DON JUSTO.—EDUARDO.—CAROLINA, que entra por el foro, y despues MIGUEL.

CAR. (Saliendo y deteniéndose.) Ah! Abrazados!

JUSTO. (Reparando en ella.) Carolina!

EDUARD. Ella! (Idem.)

JUSTO. Hija... qué querias?

CAR. Eduardo!... Abuelo! Dónde está don Luciano?

EDUARD. Por quién preguntas? (Con celoso acento.)

JUSTO. Está en el cuarto de tu padre.

EDUARD. El aquí? (Con ira.)

CAR. Quiero hablarle y pedirle de rodillas...

EDUARD. (Interrumpiéndola.) Tú? Qué?

CAR. Tu vida. Y á mi padre tambien.

JUSTO. (Aparte á Eduardo.) (Lo ves!!)

EDUARD. (Venciéndose.) No es preciso, vida mia.

CAR. No?... (Con afan.)

EDUARD. No... porque... no me bato.

CAR. (Con gozo increible.) De veras? Abuelo!

JUSTO. Sí, hija de mi alma!!

CAR. (Dando un profundo suspiro.) Ay! Corazon... pero no me engañas?... Si no puedo creerlo!...

JUSTO. (Interrumpiéndola.) Qué papel es ese?

CAR. Ah! lo habia olvidado. Un parte telegráfico que para usted acaban de traer. (Dándosele á su abuelo.)

JUSTO. Para mí? (Con estrañeza.)

CAR. (A Eduardo, aparte.) Me engañas, sí, no hay duda!

EDUARD. No!...

JUSTO. (Que ha leido el parte telegráfico que á él viene dirigido, dá un grito horrible y se levanta poseido de verdadero terror dramático.) Jesucristo!!! Y me encomiendan á mí el cuidado de que yo se lo diga!

CAR. Qué?...

JUSTO. Hijo! (Llamándole.) Hijo!... (Transicion dramática.) No, no .. yo no puedo decírselo... Ay! Qué es esto? (Vacilando.) Mi...

EDUARD. Apóyese usted en mí.

CAR. Padre! (Llamando.) Padre!!...

MIG. (Saliendo.) Qué?... Qué quieres?

CAR. El abuelo ha recibido un parte telegráfico Al leerlo se ha pintado en su rostro emocion sin igual y te ha llamado.

JUSTO. Calla!!... (Intentando hacerla callar.)

MIG. Padre! Por qué me llamaba usted?

JUSTO (Procurando disimular su emocion.) Por nada... solo que!!...

MIG. Es este el papel? (Quitándosele á su padre de la mano.)

CAR. Sí!!

JUSTO. No lo leas! (Con indefinible angustia.)

MIG. Que no? (Hostigado por la negativa de su padre, lee el contenido del parte y lanza un grito horrible.) Eh!! Qué es esto? Vírgen santísima! (Llamando.) Magdalena! Señor!... (Vacilante.) Oh!... Mi cabeza!!... Magdalena!! (Llamando.)

JUSTO. Hijo!... no... que no lo sepa!...

MIG. Magdalena!! (Llamando con más insistencia á su mujer.)

MAGD. (Saliendo puerta derecha.) Qué quieres? (Don Luciano sale al mismo tiempo que Magdalena, puerta derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—MAGDALENA.—DON LUCIANO.

MIG. Nuestro hijo se muere!!! (Con emocion indescriptible.

MAGD. Ah!!! (Da un grito horrible.)

LUC. Cómo!!!...

MIG. (A don Luciano, dándole el parte.) Lée este parte!!!...

LUC. (Leyendo á media voz y con rapidez.) *Alberto.... una caida horrible... peligro de muerte... que vengan sus padres...*

MAGD. Piedad! Dios mio!!!

CAR. Padre!... Padre! Perdóname... pero quiero rogarte una cosa!... (Con mucha emocion.)

MIG. Qué!!! (Bañado en llanto.)

CAR. El abuelo necesita mucho de tu compañía!... Quédate con él y. . yo iré á cuidar de mi hermano de mi alma. (Mucha ternura.)

MIG. Tú!!! (Con asombro.)

MAGD. Ah!! (Idem.)

JUSTO. Angel del cielo!!!...

LUC. / EDUARD. } Ella!!!

MAGD. (Con arranque dramático.) Sí... ven á cuidar de tu hermano... hija del corazon!!! (Unense en estrechísimo abrazo.)

MIG. Hija de mi vida!!! (Idem.)

JUSTO. Dios de bondad!!! (Cáe desplomado en un sillon vencido por tantas pasiones.)

CAR. Padres mios... tened confianza en Dios... tenedla... en don Luciano, que tambien ahora le salvará.

LUC. Miguel! Cuenta conmigo!... Mira á aquel anciano. Su amor no es más grande para ésta que para aquél. Su dolor lo manifiesta. Ambos son hijos tuyos. Miguel! Qué leccion!! (Don Justo, desde el momento en que cae postrado en el sillon,

quédase como aniquilado por el dolor y á esta manifestacion se refiere don Luciano. Trata éste de hacerle cobrar ánimo y esperanza, y sólo entonces, y ya á su lado, comprende la situacion dramática que va á desarrollarse. Como médico ve claro que don Justo va á espirar, y aunque reprimiéndose un tanto, expresará el espanto de que se encuentra poseido.—A don Justo.) Vamos... un poco de ánimo... qué!... (Obsérvalo con detencion.) Jesús!! Miguel!! (Llamando.) Pronto... Ven! (Aparte.) (Qué dia!) Es preciso!... sé hombre!...

MIG. (Con espanto.) Dí.

LUC. Mira!...

MIG. (Fuera de sí.) Padre de mi vida! (Corriendo al lado de su padre.)

EDUARD. Jesucristo! Carolina! (Llamando.)

CAR. Oh!... Abuelo! Abuelo! (Carolina, fuera de sí, corre al lado de su abuelo, y desfallece al comprender la horrible desgracia que la aflije. Empieza á besarle las manos, y parece como que con su cariñoso afan trata de volverle á la vida.)

JUSTO. (Con voz desfallecida y como volviendo en sí, al oir la voz de su nieta.) Qué!...

MAGD. Padre!... (Anegada en llanto.)

LUC. (Entregando á Eduardo una receta que ha debido estender rápidamente, dice:) Que vayan por esto,—Eduardo,—aunque llegará tarde. (Eduardo toma el papel y sale vivamente emocionado. Don Luciano dirigéndose á todos dice:) De rodillas!

CAR. Pero estoy soñando! (Con acento desgarrador. Eduardo vuelve á escena por el foro.)

JUSTO. No!... vida mia... no... me muero... (A su hijo.) Miguel!... quiera Dios... que jamás tengas que perdonar á un hijo... Yo te perdonó y te bendigo...

MIG. Padre!... Dios mio!... mi vida, la mia!

JUSTO. No; la tuya... hace falta... Viniste, porque estaba enfermo... (Con arranque amoroso.) Y no conoceré á mi Alberto!... Asistes á mi muerte... Nuevamente te perdono... (A Magdalena.) Hija, que no olvides lo... que te dije... recibe mi bendicion.

MAGD. Gracias, padre! (Besando la mano de don Justo con tiernisimo afan.)

CAR. Señor! Ten misericordia!!!

JUSTO. (A don Luciano.) La mano... Adios, amigo mio!... (Con suplicante mirada á su hijo.) Dios quiere que tu hija... vaya contigo...

LUC. (Con arranque dramático y movimiento apasionado.) Oh!! No!... Eduardo!... Carolina!... Don Justo aquí. (Une las manos de Eduardo y Carolina, y hace que don Justo las oprima entre las suyas.)

JUSTO. (A don Luciano, estrechándole la mano.) No puedo hablar...

CAR. Padre mio!!!...

EDUARD. Padre!!!...

JUSTO. Te acuerdas?.... «Aquí os uniré, y desde arriba... os bendeciré...» Las manos! (Oprime las manos de los dos y señala al cielo.) Allí!... Adios!...

TODOS. Oh!!... (Don Luciano le pone la mano en el corazon y dice:)

LUC. Ha espirado!!... (Con dolor.)

MIG.
MAGD. } Oh!!! Perdon!!...

CAR. (Se levanta horrorizada dando un grito espantoso.) Ah!!... Abuelo!... Muerto!...

EDUARD. De rodillas! (Con tono suplicante.)

CAR. (Se arrodilla muy despacio mirando fijamente al cadáver de su abuelo.) ¡Bendícenos desde allí!!...

FIN.

ZARZUELAS.

Hombs.	Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
4	3	A un sí, un nó...............	1	Sres. J. Usúa y T. Reig.........	L. y M.
"	»	Cascabeles...................	1	D. Angel Rubio................	M.
"	›	¡Como está la Sociedad!......	1	Srés. Búrgos, Rubio y Espino....	L. y M.
"	›	Contratos al vuelo...........	1	Minguez, Rubio y Espino..	L. y M.
»	›	Currito......................	1	Macarro y Liñan..........	L. y M.
»	›	Curriyo el Esquilaor.........	1	D. Gabriel Merino........... .	L.
›	›	Dos excéntricos..............	1	Angel Rubio................	M.
4	2	El chiripero.................	1	Sres. Luis Cocat y Reig........	L. y M.
»	»	El faldon de la levita...	1	D. Isidoro Hernandez..........	M.
»	»	El lápiz mágico..............	1	Tomás Reig................	M.
4	1	El mono Tom Kong...........	1	Sres. Santa María y Reig.......	M. y 1|2 L.
›	»	El proceso del sainete........	1	Navarro y Reig...........	L. y M.
»	›	El rosario de mi Aurora......	1	Macarro y Liñan..........	L. y M.
»	»	El tambor mayor.............	1	D. F. Jaques	L.
»	»	El 93.......................	1	Francisco Macarro..........	L.
9	5	Ellos y nosotros (segunda parte de «¡Eh, á la plaza!»......	1	Sres. Pina, Burgos y Rubio.....	L. y M.
3	3	Flamencomanía...............	1	Castilla, Navarro y Rubio..	L. y M.
›	›	Fortuna te dé Dios, hijo......	1	D. Calisto Navarro...	L.
3	2	Golpes, fagina y retreta.......	1	Sres. Cardin y Cabas...........	L. y M.
"	"	¡Hoy sale, hoy!..............	1	Búrgos, Luceño, Barbieri y Chueca.................	L. y M.
2	2	Jugar con trampa............	1	Diaz Barroso y Reig.......	L. y M.
»	"	La mano blanca	1	D. Angel Rubio...............	M.
7	4	La mantilla blanca..........	1	Sres. Gorriz, Rubio y Espino....	M. y 1|2 L
7	4	La oracion de San Antonio....	1	D. Pedro Escamilla............	L.
"	"	La salsa y los caracoles.......	1	C. Navarro................	1|2 L.
3	2	Meterse en honduras.........	1	Gorriz, Rubio y Espino.....	L. y M.
»	»	Otelo y Desdémona...........	1	D. Calisto Navarro............	1|2 L.
»	»	Para casa de los padres.......	1	Mariano Pina..............	L.
»	›	Para palabra, Aragon.........	1	J. Hernandez..............	M.
3	1	¡Pobre Gloria!...............	1	Eusebio Sierra..............	L.
14	4	Política y tauromaquia........	1	Sres. Búrgos, Rubio y Espino...	L. y M.
"	"	Por una credencial...........	1	Saquero y Poveda.........	L. y M.
»	»	¡Quién fuera liebre!..........	1	Rubio y Espino...........	M.
"	"	Quien más mira..............	1	D. I. Hernandez...............	M.
6	3	¡Salero, vivan los toros!.......	1	F. Perez Collantes..........	L.
»	»	Tersícore y Elio.............	1	Francisco Macarro..........	L.
6	4	Tipos al amanecer............	1	Sres. Eguilaz y S. Rubio........	L. y M.
»	»	Trabajo perdido..............	1	D. Salvador Lastra.............	L.
»	›	Un lio en el ropero...........	1	Tomás Reig................	M.
3	1	Valiente pesca.....	1	Sr. Hernandez.................	M.
5	1	Valiente sobrino.............	1	Sres. Cardin y Zapata y Rey....	L. y M.
»	»	De Cádiz al Puerto...........	2	Flores García y Romea, Rubio y Espino...........	L. y M.
»	»	De la noche á la mañana......	2	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde....	L. y M.
›	›	¡Eh, á la plaza! y Ellos y nosotros....	2	Pina, Burgos y Rubio......	L. y M.
"	"	¡Hatchis! (*Revista*)..........	2	Perillan, Rubio y Espino...	L. y M.
»	»	Ida y vuelta................	2	D. C. Navarro.................	1|2 L.
»	»	La perla de Triana..........	2	J. Casino..................	M.
»	»	Manolito....................	2	Sres. Burgos, Rubio y Espino....	L. y M.
›	»	Noches de Madrid...........	2	D. Tomás Reig.....	1|2 M.
»	»	Una semana en Madrid.......	2	R. Carrion y Pina Dominguez.	L.
»	»	El capitan Centellas..........	3	Sres. Herranz y Almagro.......	L. y 1|2 M.
»	»	Fatinitza....................	3	D. Franz Suppé...............	Ejemplares.
14	2	La cruz de fuego............	3	José Estremera............	L.
9	7	Los mosqueteros grises......	3	Sres. Serrat y Weiler..........	1|2 L.
10	2	San Franco de Sena..........	3	Estremera y Arrieta......	L. y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de esta Administracion.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.